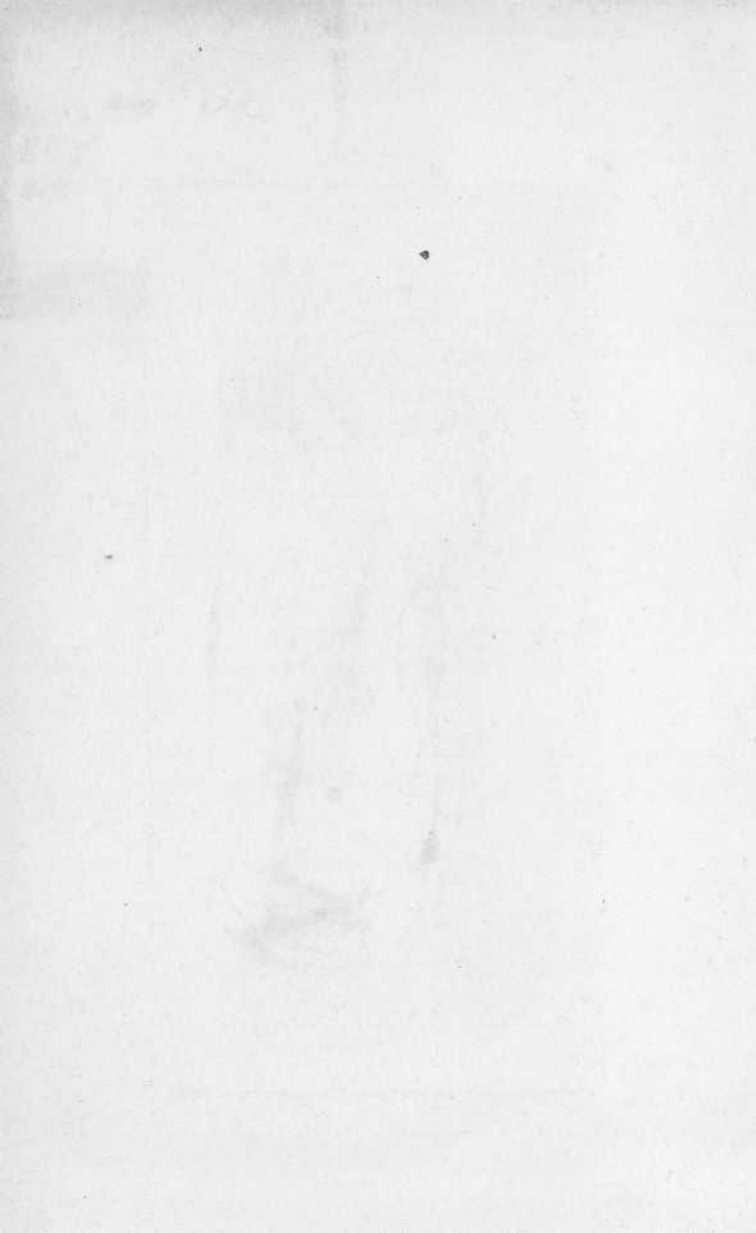


800-3 ~~00~~ - 02
REY
est

NO SE PRESTA

**Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura**





ARTURO REYES.

¡ESTABA ESCRITO!

NOVELAS CORTAS.



R. 17.202 MADRID.

Librería de Fernando Fé; Carrera de S. Gerónimo, 2
1890.

DONATIVO. 5-3-1960



M

SR. D. MANUEL FERNANDEZ GOMEZ.

En testimonio de cariño,

El Autor.

PRÓLOGO.



Sr. D. Arturo Reyes.

Mi querido amigo y compañero: Sobre tu nonnato libro de novelas cortas titulado ¡ESTABA ESCRITO! que he recibido y he leído, voy á darte mi opinion íntima y leal como la deseas.

Ha dicho un gran escritor, que para juzgar ciertas delicadezas literarias que de puro sutiles se escapan á la pluma, seria necesario poseer el violin de Sarasate.

Leopoldo Alas, al decir esto, revela tener conciencia plena, absoluta, de la importancia de la armonia en el lenguaje.

En efecto, no hay escritor moderno que no reconozca en la fonética, un elemento poderosísimo para la realización de la belleza literaria, tal como hoy se pide en la novela.

Los que leen á diario obras extranjeras, dicen que esto es cosa rudimentaria en la literatura de otros países; pero entre nuestros escritores, los hay tan bien avisados, que á estas horas no se han percatado de que la armonia en el lenguaje no es lo que ellos creen, un ruido vano, una cancion de organillo, música celestial.

Los vanos, y los romos, y los superficiales son ellos.

Ignoran, ó aparentan ignorar, que aquello que no puede expresarse de puro sutil y leve, queda sometido á la forma artística mediante un *acorde de palabras*, mediante armonia honda y misteriosa. No en vano el idioma empezó á formarse por armonías imitativas, onomatopeyas que dicen los encargados oficialmente de enseñar á tener inspiracion, y á expresarla.

Desde que Zorrilla, poeta-músico por ex-

celencia, dió al idioma castellano la armonía que antes de él no tenía; hasta hoy que adquiere ese idioma mismo, en mayor grado que nunca, fuerza plástica y colorido, asombra ver la evolución que se ha verificado en el modo de escribir.

La pluma del literato de hoy, ha llegado á ser algo como un resumen de las bellas artes, puesto que evoca, apropiada á la naturaleza de cada caso, ya la frase que pinta, ya la voz melódica que expresa por música; tan pronto el vocablo que dá la sensación poética, como la palabra que esculpe á modo de golpe de cincel.

Traigo á cuento estas consideraciones, porque me las hace decir tu libro, tu libro lleno de encanto moderno y de poesía.

Esa armonía, cuando es producto de la intuición de lo bello, cuando nace de un temperamento artístico como el tuyo, es cualidad inestimable, sobre todo en obras como esta, que tienen tanto de poema lírico, como de novela fundada en la observación bella y real de seres y cosas.

Ante personajes, escenas, fondos y paisa-

jes, interpones tu fantasía de artista, una fantasía caldeada por el sol andaluz, vibrante de color, lleno de aromas, de matices, de luces.

En el modo de desplegar la riqueza y la abundancia del estilo, en el desenvolvimiento de los diálogos, en la pincelada vibrante y hermosa, en el giro, en el modo, veo en tu libro el sello de un escritor de raza, de un pintor de costumbres, que tiene en la pluma la gallardía de nuestra tradición literaria, unida al don superior de traer al papel la visión real de los modernos.

Creo sinceramente, que en tí hay un literato que ha de escribir libros admirables de forma, de forma, que es el fondo mismo en las obras de arte.

La que hoy dás al público, es una prueba evidente, irrecusable de ello.

Comprendo como acojerás—dada tu modestia excesiva—esta lluvia de flores; pero me has pedido que sea sincero al darte mi opinión sobre tu libro, y eso es lo que creo, y eso es lo que te digo.

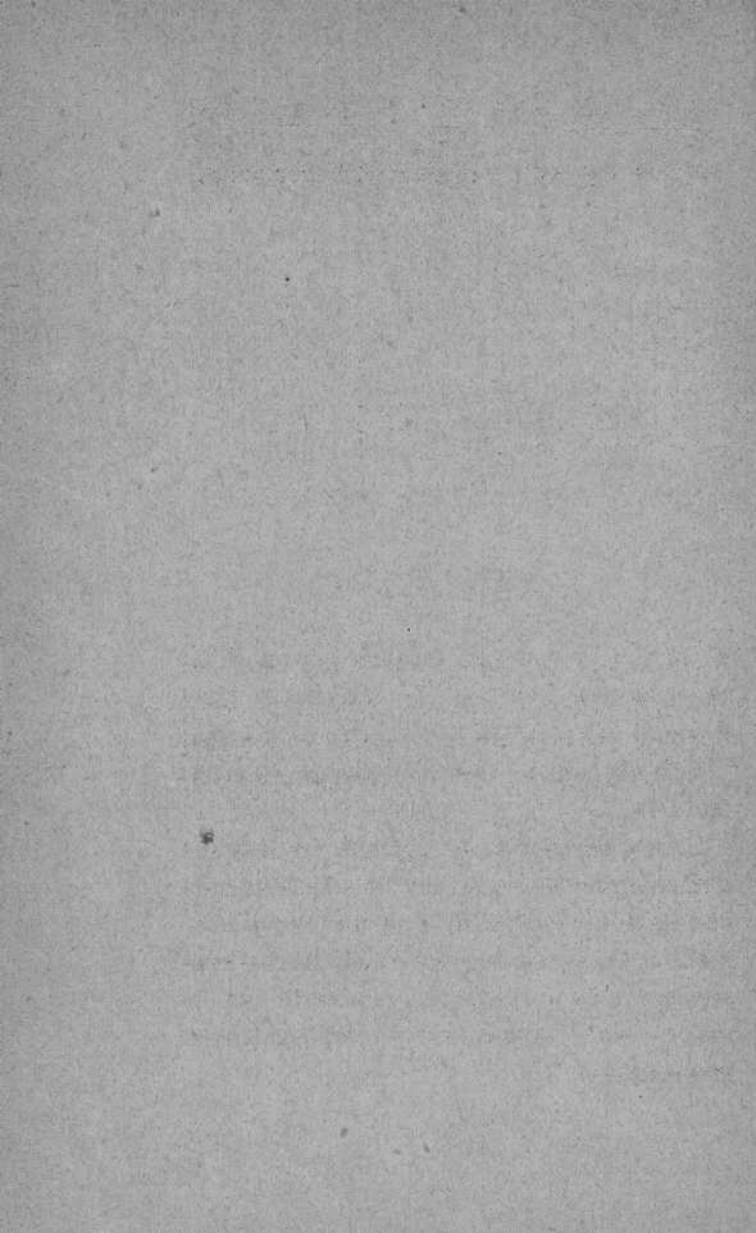
Como paisano, como amigo, y como ad-

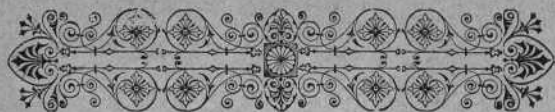
mirador tuyo, me preparo á hacer coro con el público, para aplaudir la aparicion de tu nuevo libro.

Sabes cuanto te quiere tu compañero, que te dá un apretón de manos, y te dá una calurosa enhorabuena.

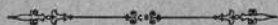
Salvador Rueda

Madrid, Mayo 90.





¡ESTABA ESCRITO!



CARTA I.



Me preguntas en tu carta que como he llegado á amar á Martela. Yo que sé. Esta misma pregunta me la he hecho yo muchas veces, sin atinar con una respuesta satisfactoria.

Creo que este amor, dormía en mis entrañas en lenta gestacion, desde hace mucho tiempo, esperando que un choque viniera á despertarlo. lanzándolo hecho brasas, por mis arterias, torrentes de luz en mi cerebro, y vibraciones y tempestades en mis sentidos.

Lo mas sorprendente es, que ha sido una nimiedad la que ha descorrido el velo y puesto ante mis ojos el triste panorama de esta pasion.

Tu ya sabes la íntima amistad que, desde hace mucho tiempo, me une á la familia de Valencoa; recuerdo que, hace dos años, cada vez que entraba en la casa, mi primer saludo, consistente en un beso, era para Martela, al que ella respondia siempre con otro, aun mas sonoro y franco que el mio.

Este saludo íntimo desapareció de nuestras costumbres, después de una ausencia mia de algunos meses.

Al saludarla, á mi vuelta, no pude menos de notar la rapidez con que me tendió su mano, que yo estreché un tanto confuso.

Hace algunos dias comprendí que ya es una muger hecha y derecha; por cierto, que enterarme me costó gran bochorno.

Estaba sentado con ella en la terraza del jardin, engolfado en la conversacion que con ella mantenía, cuando abstraído en el diálogo y de un modo automático, al notar que se le caía un broche de oro con que su-

getaba las chorreras de encajes que cubrian su seno, lo cogí; mi mano rozó levemente el tegido de su *matinée* y en aquel instante, cuando sin dar la menor importancia á aquel acto, le entregaba el broche, la ví encendida de rubor, ceñuda y con los ojos bajos.

Al pronto no supe á que atribuir aquella turbacion, iba á hacerle una pregunta estúpida, pero en aquel instante comprendí la causa de su enfado.

No quise pedirla perdon por no confesar mi torpeza, pero al mirarla de nuevo, no fué mi mirada la de siempre, fué la mirada llena de curiosidad que se arroja sobre un paisaje desconocido.

Entonces comprendí que tuvo razon para ofenderse, era ya una muger, una muger hermosa, tú no la conoces, voy à intentar describírtela.

Es alta y ligeramente gruesa; sus contornos exuberantes, guardan entre sí perfecto órden de relacion, su seno es alto, su cintura estrecha y su cuello blanco y mórbido.

Se rostro, sin ser modelo de correccion

atrae y subyuga, sus ojos son grandes y negros, llenos de sensuales languideces, su boca algo rasgada, pero lo disimula por lo encendido de sus labios y por lo blanco de sus dientes, apretados y finos como los de los pequeños carnívoros.

Su cabellera, por unos de esos caprichos tan frecuentes en la naturaleza, es rubia y sedosa, lo que forma extraño contraste con sus ojos negros y su tez algo morena.

Cuando habla, lo hace escuchándose como si se recreara al mismo tiempo con las melodiosas modulaciones de su voz, y nadie me quita de la cabeza, que un mohín de niña enfadada con que suele demostrar su disgusto por cualquier cosa, está perfeccionado en el espejo, en el gran espejo de su tocador, donde algunas veces la he sorprendido ensayando gestos y sonrisas.

A pesar de estos defectos, que yo á veces en mi ceguedad, quiero disfrazar de aprensiones, siento por ella un amor inmenso, que me tiene atontado.

No la he dicho nada, absolutamente nada ¡como atreverme! yo ya soy un viejo, tengo

algunas canas, mucha experiencia y, sobre todo, treinta y cinco años; ella por el contrario, apenas cuenta diez y seis, edad en que abre la muger los pistilos de su alma y derrama el pólen de su ternura.

Pienso que haria muy bien en mandarme con la música á otra parte, si yó, con mis pespuntos de viejo enamorado, pretendiera ser correspondido ¡ser correspondido! ¡que disparate! como te reirás tú, tan solo de pensarlo.

No te apures, no la diré nada, me falta valor, cuando estoy á su lado, me hago un lio, si hablo no digo mas que sandeces, y si guardo silencio, no sé de que postura ponerme, pues en todas me resulto grandemente grotesco. Nunca he ambicionado tanto como ahora, una buena figura.

Tambien he creido notar un cambio en ella; ya no es conmigo la muchacha de antes, cariñosa y dicharachera; todo lo contrario, desde mi imprudencia al recoger el broche, rosando su seno con mi mano, ha sufrido grave metamorfosis, muestra cierta

timidez al hablarme y una mirada insistente mía la ruboriza.

Estoy seguro, que mis ojos han sido y son demasiados habladores y que le dicen á diario la impresion que ha causado en mi alma, y que esto motiva su actitud.

Ya no se presenta delante de mí, sino puesta de veinte y cinco alfileres, y cada felicitacion mia por su elegancia, la hace sonreir con vanidosa alegria.

Ayer tarde, cuando fuí á su casa, me encontré con una sorpresa desagradable. Un primo suyo, gefe de administracion militar que ha venido á pasar con ellos una temporada; el tal primo es un Adonis, un títere, pero guapo, muy guapo, lleva con gran soltura el uniforme y lo peor de todo es que es agradable y simpático, como él solo

Apenas le fuí presentado por Doña Jesu-
sa se mostró tan amable y cortés conmigo, que no encontré medio de que me fuera antipático.

Su presencia me causó gran inquietud, la cual me dura todavía, son celos, para que he de andar con embajes contigo, celos;

creo que Valentin, así se llama el primito, viene dispuesto á sitiar la plaza. Martela es rica, y él no tiene mas que su carrera y con la paga apenas si podrá satisfacer al perfumista, habrá visto en ella un filon que explotar y no se declarará en retirada tan fácilmente, además que tiene sobre mí grandes ventajas, yo seré más bueno que él (perdona la inmodestia) pero él es infinitamente mejor mozo que yó, hombre á la moda, elocuente en el decir, elegante sin amaneramiento, erudito sin alardes, fino como el terciopelo y yo, ya sabes, un ogro, tosco, independiente y un ganapan en la figura.

Inutil creo decirte que Valentin ha originado una revolucion en la casa, un cambio completo, todos los mimos, todas las atenciones son para el grande hombre cortesano, para el bizarro militar, así lo calificó un periódico de esta, al dar la noticia de su llegada, cosa que hasta al interesado le hizo sonreir, pues segun propia confesion, todos sus campos de operaciones han sido las revistas en la Castellana.

Doña Jesusa anda fuera de quicio, Don

Nicomedes, renegando de las perturbaciones que ha originado la llegada de su sobrino y Martela, ¡esto es lo mas doloroso! no tiene ojos mas que para ver los figurines de la Moda Elegante, ni mas tiempo que para emplearlo en consultas con su modista.

Esta mañana estuve en su casa, me recibió su madre y me aburrí oyéndola disparatar acerca de su sobrino; cansado tomé el portante y me vine para escribirte la presente y pedirte consejos, sí, consejos; quiero saber tu opinion sobre la línea de conducta que debo seguir.



CARTA II

He recibido tu carta-sermon, y me resultan tus consejos una tontería. ¡Valiente vulgaridad! que haga la maleta y me declare en retirada! te habrás devanado los sesos buscando esta solución al problema, busca, busca otro medio, sino quieres quedar desacreditado conmigo.

En los quince días que van pasados desde mi última, han ocurrido cosas de grande importancia para mí.

El día en que te escribí mi anterior, dieron un baile los Sres. de Valencoa, al que como supondrás, fui invitado. Tuve una hora de vacilación antes de ir, ya conoces tú mis ascéticas aficiones, con las que tuve

que luchar, ya me pongo el frac, ya me lo quito, estuve largo rato hasta decidirme.

Cuando llegué a casa de Martela, ví en ella lo más selecto de nuestra sociedad, y vaya una sociedad, banqueros engalanados con los despojos de la bancarrota, títulos tronados, guiferos enriquecidos, pollos tísicos y lelos, vírgenes amarillentas por insomnios amorosos, en fin, todo lo peorcito de cada casa revuelto con algo bueno, que en muy escasa proporcion, gira siempre en todas las esferas sociales.

Valentin era el héroe de la fiesta, las mamás le miraban con gazmoñería, las muchachas con dulces languideces, los hombres se hacían presentar á él, y los dueños de la casa le contemplaban con ternura y orgullo.

La verdad es que estaba agradable, su traje azul prusia casaba perfectamente con sus ojos de un verde claro, con su barba rubia y perfumada y con su tez blanquísimas como la de una muchacha anglo-sajona.

Martela estaba radiante de juventud y de

belleza, elegantemente prendida y sentada con graciosa dejadez sobre una mecedora.

Las bugias de la cercana araña de cristal derramaban sobre ella torrentes de fulgores, que se quebraban sobre la seda del vestido ó penetraban en átomos luminosos á través del tul y los encajes.

Vióme al penetrar en el salon y respondió á mi saludo con un ligero movimiento de cabeza; en aquel momento estaba á su lado Valentin, murmurando no sé que palabras cerca de su oído.

La luz hervia en el dilatado aposento, numerosas arañas cubiertas de bugias abri-llantaban el ambiente saturado de aromas cálidos.

Brillaban los espejos, los tapices, los artesones, el raso de los vestidos y las empolvadas cabelleras de las mugeres, como alumbradas por un incendio.

Los menos aficionados al baile, se replegaban á las laterales, dejando sitio á las parejas que en giros vertiginosos circulaban por doquier, dejando á su paso estelas de perfumes y resplandores.

Arteaga sentado al piano lucia su prodigiosa habilidad arrancando á las teclas torrentes de armonias. Este pobre Arteaga es un génio, nunca me canso de oirle, podia figurar, con ventaja, al lado de nuestras mas aquilatadas eminencias musicales, lástima que esté sentenciado á muerte, esta es la causa que le retiene cerca de estos terruños, la tisis, esa terrible enfermedad que mata con excesos de vida, vá corroyendo lentamente sus pulmones, él lo sabe, y no quiere morir lejos de los que le aman.

Sentado al piano, recorriendo nerviosamente el teclado de marfil con sus dedos que semejan tentáculos de cera, los grandes ojos centelleantes, la respiracion afanosa, pálido como un vaciado en yeso, como si ni una gota de sangre circulara por sus arterias, tembloroso, febril, radiante de inspiracion, vestido todo de negro, con la lengua cabellera bailoteándole sobre la frente á compás de sus movimientos, parecia un espectro, víctima de un poderoso ataque de epilepsia.

Me refugié en un ángulo: allí estaban

Villanueva y Portoseño, ya les conoces tú, dos fastidiosos insoportables que me cogieron por su cuenta y no me dejaban.

Yo no perdía de vista á Valentin, este se inclinó ante Martela con esquisita gracia, y un segundo despues ceñía su cintura con su brazo; estrechaba su mano, se confundían sus alientos y arrastrados por las rápidas cadencias de un wals de Strauss, lanzáronse al centro del salon.

Me mordí los labios con tanta fuerza que sentí el acre sabor de la sangre. Cada vez que desfilaban ante mis ojos, ella encendida, con los ojos bajos, reclinada con languidez en brazos de su pareja; y él, pálido, los ojos llenos de borbotones de luz, estrechándola contra su seno, con ese disimulado sensualismo del baile y diciéndola al oido misteriosas frases que yo creia adivinar; la rabia hacia vibrar mi sér, mi cerebro se poblaba de sombras y mis músculos se contraían obedeciendo impulsión estraña y poderosa.

No podia estarme quieto. Villanueva ad-

virtió mi inquietud y me preguntó con interés si estaba enfermo.

Hay ocasiones en que responderíamos á una cortesía con una agresion.

Sí,—respondí con sequedad,—estoy algo molesto, esta atmósfera se masca, mis pulmones son intransigentes en materia de oxígeno, voy á respirar un poco el aire libre.

Queria estar solo, con este pretesto me coloqué en un balcon oculto por el cortinaje.

Desde allí podia mortificarme á mi gusto, sin que nadie me molestara con preguntas impertinentes.

Cuando terminó el wals, condujo á su sitio Valentin á Martela y sentóse á su lado para continuar el diálogo interrumpido por la suspension del baile.

A dos pasos de mí, de espaldas al balcon, tomaron asiento la de Requena, una linda viuda, íntima amiga de Doña Jesusa y un chico atildado como una dama. Era este Retortillo, el primogénito de los Marqueses de Buendia.

—No tiene mala figura,—decía este, con voz aflautada—pero me resulta algo pedante y algo infatuado con lo único que posee, sus galones, que no es cosa de importancia.

—No lo creo yo así; pedante no lo parece, en dos veces que he hablado con él, ha demostrado ser un buen chico sin pizca de vanidad. ¿Pero V. ha visto como está Martela? fuera de sí, se ha aferrado al primo de tal modo que no lo suelta, ni le deja respirar.

—Nó, creo lo contrario, que el que se ha aferrado ha sido él ¡buena pieza está! me parece que lo que busca el forastero es un gran ascenso, por ejemplo de comandante á propietario, que no es grano de anís.

—No sea V. mal pensado, además que la muchacha no tiene gran cosa.

—Mal enterada anda V. Gertrudis, no se cortará una uña D. Nicomedes por menos de un millon y la niña es única heredera, ya ve V. que nuestro hombre ha tendido sus redes en buenos criaderos.

—Me parece mucho un millon, pero en fin, allá ellos.

—Y á propósito ¿se ha fijado V. en Don Jacobo, mientras Martela bailaba con el primo? ha pasado su rostro por todos los colores del Iris.

—Es lógico, anda loco por ella, ¡parece mentira, un hombre tan metido en sí, tan grave, tan sesudo!

—Pues hay verá V. la atraccion de los cincuenta mil...

—Protesto. Don Jacobo es incapáz de inclinarse ante la dote de Martela, tiene la médula forrada en zinc y es incapáz de doblegarse por nada ni por nadie. Además él tiene un bonito capital y saca una buena renta á su bufete.

—Eso no importa, siempre es mejor mucho que algo, y la suma es la operacion favorita de la gente de este siglo.

En aquel instante sentóse Arteaga al piano y Retortillo y la de Requena se lanzaron de nuevo al baile.

Mi cerebro estallaba, tenia fiebre, mi secreto era del dominio público, aquel secre-

to, del que yo me creí único poseedor, era comentado por la sociedad, comentado del modo más infame y por lo tanto más lógico, tuve que sostener conmigo tremenda lucha para no romper el valladar de las conveniencias y no deshacer entre mis manos á aquel mequetrefe de Retortillo.

Durante algunos minutos no me atreví á salir de mi escondite y allí permaneci aturdido; la voz del primogénito de los de Buendía, parecíame que seguía arañando mi tímpano.

Cuando salí del balcon, antojóseme que todo el mundo me miraba sonriendo, que las notas del piano eran risitas irónicas, los crugidos de la seda, murmullos de calumnias y sarcásticos secreteos, que todas las caras que se escondían tras los abanicos, haciánlo para burlarse á sus anchas de mi turbacion, que todas las miradas me daban un pésame y que los sátiros, ninfas y centáuros, dibujados en los tapices, se movían de mis angustias retozando grotescamente entre los ondulantes pliegues del tejido.

Me acerqué á despedirme de los Señores de Valencoa; estos me saludaron afectuosamente, protestando de mi retirada.

Martela abstraída en su conversacion con Valentin, me tendió su mano con displicencia.

Salí de la casa como despedido por una catapulta, el rumor del baile, el ambiente caldeado, la negra nube que flotaba en mi cerebro, me impulsaron á alejarme de aquella casa, el recuerdo del indiferentismo de Martela y el de las infames suposiciones de Retortillo, golpeaba en mis sienes como terrible batan y en vano, en vano durante toda aquella noche de insomnios y de celos, intenté nivelar el perdido equilibrio de mi espíritu.

Ocho dias van transcurridos desde aquella noche y no he vuelto por su casa. No puedes tú figurarte el acopio de energias que he tenido que hacer para vencer la atraccion del abismo.

Esta mañana recibí una carta suya, te la copio íntegra. dice así:

—«Es Vd. un mal amigo, estoy sumamen-

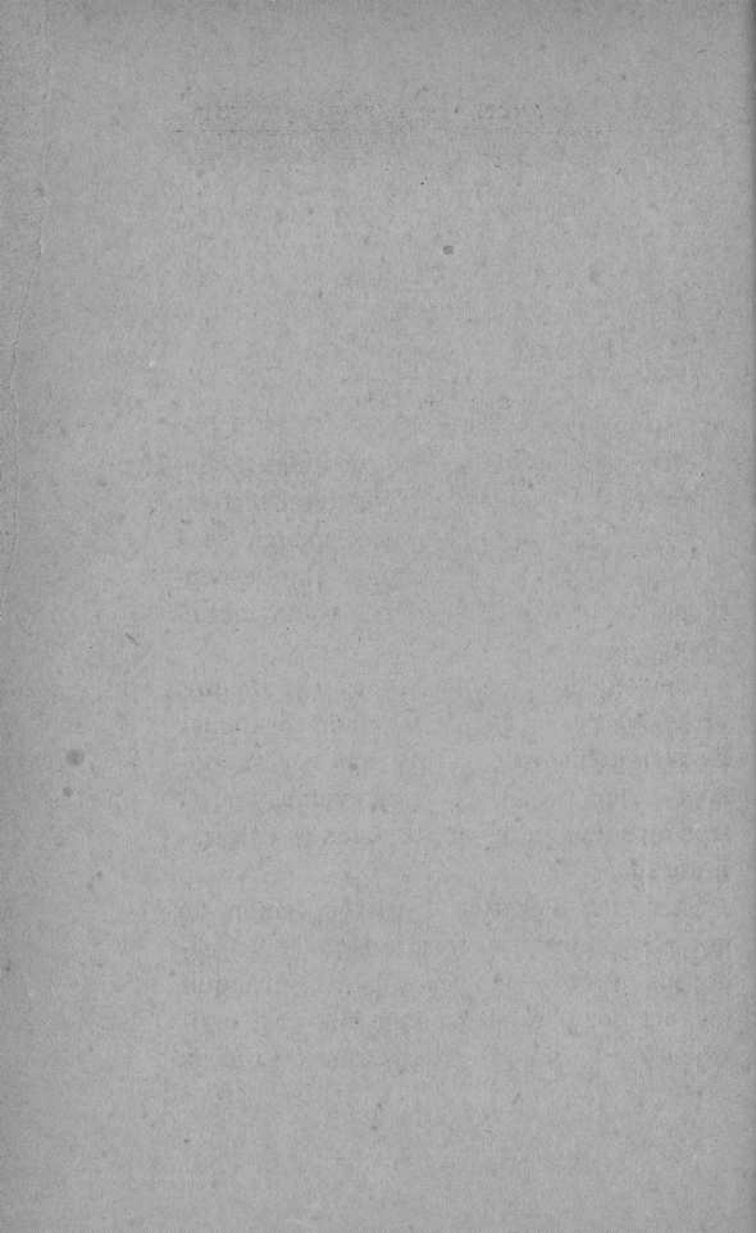
»te resentida, nos tiene V. olvidados por
»completo y esto no se lo perdono.

»El viernes próximo á las seis de la ma-
»ñana, pensamos ir á Flores; en nombre de
»los papás y en el mio tengo el gusto de in-
»vitarle por si nos quiere acompañar en es-
»ta expedicion y espero no cometa el delito
»de lesa galanteria de no venir.

»Sacramento me dice le suplique en su
»nombre que sea complaciente. Su amiga
»afma.,

MARTELA »

Creo inútil decirte que estoy decido á for-
mar parte de la expedicion.





CARTA III.

Me preguntas en la tuya que quien es Sacramento, y voy á tratar de describírtelo; si me estiendo algo en la descripcion, será á causa de que es una muger algo excepcional y difícil de ser retratada moralmente.

Físicamente considerada, es uno de esos seres que pasan por nuestro lado sin llamar nuestra atencion; pero que una vez si consiguen que nos fijemos, se revelan á nuestros ojos con dotes imprevistos y bellezas ignoradas.

Su rostro sometido á la inspeccion de una mirada curiosa, resulta bello y delicado; sus ojos son azules, diáfanos, tranquilos, orlados por largas pestañas casi invisibles por lo dorado de sus tonos; su nariz

finá, formando una recta con la frente demasiado pequeña, sus labios delgados, apenas si señalan, como débil diseño, la línea reducida de su boca; su téz es pálida, su cabello ondulante y lácio y su cuerpo esbelto y falto de desarrollo, como el de una adolescente.

Su carácter es para mí casi un misterio; encerrada dentro de sí misma, como el molusco en su concha, nunca deja traslucir sus impresiones; sus ojos brillan siempre con la misma gradación apacible y cristalina, sus lábios, casi siempre, sonrien dulcemente, y hay en toda ella tal espresion de manse dumbre, que encanta.

La vida de esta muger es infinitamente monótona, á pesar de las continuas excitaciones de Martela, nunca busca fuera de su casa una distraccion, jamás asiste á un baile, y es milagro cuando acude al teatro.

Es sobrina de Don Nicomedes, huérfana á los dos años, fué recogida por su tio, pues al morir su padre lególe, tan solo, por herencia un nombre honrado y la más desconsoladora miseria.

Su madre murió al darla á luz, y desde aquel dia en que quedó sola en el mundo, fué considerada como hija por los Señores de Valencoa, que tuvieron para ella, los mismos extremos que para Martela, la cual le daba el título de hermana.

Dentro de la casa ocupa un puesto excepcional. Yo en un principio la consideré una mogigata, esclava de la disciplina y la penitencia; uno de esos espíritus débiles que buscan un consuelo en el fanatismo; pero me he desengañado; bajo aquella cabecita de oro, existe una imaginacion brillante, atrevida, llena de tempestades, y bajo el contorno sutil de su seno, late un corazon juvenil y ardiente, como late el fuego, en las entrañas del volcan, oculto por la nieve.

Esto lo creo así, por deducciones, he analizado, como gran aficionado que soy á la observacion, los más nímios detalles, los chispazos de luz que, á veces, animan sus ojos y creo que Sacramento no és lo que parece, pero lo que és, tampoco lo he podido apreciar; quizás algun dia lo sepa y te lo diga.

Ella ha sido la preceptora de Martela, ella ha modelado su corazón, ha refrenado sus caprichos, ha encauzado su fantasía, ha inculcado en ella, ó por lo menos, lo ha pretendido, todos los principios nobles y regeneradores de la sociedad moderna, que conoce, sin duda, por intuición, predisponiendo su espíritu contra los grandes y múltiples vicios de esta misma sociedad, que, si bien es monstruosa en sus defectos, también es grande en sus virtudes. No ha hecho de ella, en materia de religión, ni una fanática, ni una libre-pensadora; ha observado en su educación, un gobierno liberal restringido y según yo creo, un resultado práctico, ha coronado sus esfuerzos. Martela es una mujer del siglo, con cierta levadura de misticismo que la completa.

Todos al hablar de Sacramento, lo hacen con cierto respetuoso cariño; todos ven en ella, algo indispensable; Don Nicomedes la consulta antes de interesarse en una operación mercantil; Doña Jesusa la bendice por haber quitado de su cintura el manojito de llaves, símbolo de su esclavitud doméstica

y Martela la ama con toda la efusión de su alma. Sacramento le es indispensable, nadie como ella, sabe hablarla al corazón ni darla un consejo sobre el tocado que sienta mejor á su belleza.

A mí, hablándote con sinceridad, me agrada su trato afable y su afición al mutismo, pero me agradaría mucho más, si la conociera á fondo, si no se burlara de mis investigaciones sobre su carácter, con la diáfana tranquilidad de sus pupilas azules y serenas como lagos microscópicos.

Y basta por hoy de Sacramento, y vamos á Martela.

Anoche fui á su casa y tuve el gusto de verla disgustada por mi retraimiento, su acento de niña mimosa resentida, llegó á mis oídos como rítmico aleteo de querubes; cuando le pedí perdón por mi ausencia, posó en mí sus grandes ojos negros, con cariñosa expresión y amenazándome con un dedo, me dijo que si reincidía que no volviera á saludarla siquiera. Luego, como símbolo de paz, me dió un nardo, ¿sabes? un nardo que he besado tantas veces que

creo no hay operacion matemática capaz de precisarlas.

Adios querido amigo, aconséjame, aconséjame y sé tú el hilo de Ariadna que me saque de este nuevo laberinto de Creta.



CARTA IV

Que no deje que se entablere el bicho, que lo arranque dela querencia, que mucha mano de capote, que lo empape en el trapo hasta sacarle á los medios y que ya allí, lo despache con una hasta la mano. ¡Valiente gerigonza! La verdad és que te estás desacreditando conmigo, primero con tu gerga de guifero y despues con tus hipérboles taurómacas. ¡Maldita aficion!

Ayer, como supondrás fuí á Flores, así se llama una hacienda de los de Valencoa que dista dos leguas de la ciudad y está situada en la cumbre de un altozano.

Las seis, era la hora señalada para la partida.

Doña Jesusa, Martela y Sacramento iban en una victoria, Don Nicomedes, Valentin y yo, á caballo.

Al salir conseguí un pequeño triunfo sobre mi rival, montaba este una jaca que es una polvorilla, propiedad de Don Nicomedes; llevaba muchos dias de cuadra y apenas sintió encima al ginete, empezó á hacer corcobetas, poniéndole en grave riesgo.

—Hace dias que no sale y tiene la sangre muy caliente, ¿Porqué no cambia V. con él? —me dijo Martela.

Valentin se puso rojo, clavó las espuelas en los ijares de su cabalgadura y, aquí te quiero escopeta, trás media docena de saltos de carnero, salió mi hombre por las orejas y rodó por el camino, llenándose totalmente de polvo el flamante uniforme.

Interin se levantaba, ayudado por mí, Martela oprimia el pañuelo contra su boca, para disimular la risa, y Doña Jesusa preguntábale, á grito pelado, si habia sufrido daño alguno en la caida.

Total, que Valentin despues de quitarse

el polvo, montó en Lucero que es una malva y yo en Careto.

Este quiso hacer conmigo una trastada; pero pronto se convenció de que tenía que habérselas con mi vieja costumbre de montar, y obedeció dócil á la rienda.

Cuando penetramos en el camino de Flores, Valentin iba mohino por el espectáculo que nos ofreció al salir por las orejas de Careto, y yo, valgan verdades, un tanto orgulloso de mi destreza en equitacion. Al ver que mi jaca se espantaba de la victoria, aproveché este pretesto, para hacerle caminar al lado de la portezuela, como en castigo á su rebeldia.

—Monta V. admirablemente,—me dijo Doña Jesusa.

Esto me llenó de satisfaccion, como un piropo á una muchacha.

Las ocho serian cuando llegamos á Flores. En el camino no pudimos entablar conversacion alguna, lo rápido de la marcha y el ímpetu del viento, llevaban nuestras palabras á todos, menos á aquellos á quienes iban dirigidas.

La casa de Flores es un bonito edificio, de arquitectura aérea y caprichosa.

Está rodeada por álamos y nogales, cuyas flotantes cabelleras al entrelazarse entre sí, forman inmenso dosél de verdura, á través del cual, penetra el sol en misteriosos calados de oro.

En los declives del monte, además de algunos columpios, un invernadero y una cascada artificial, se ven muchas figuras de piedra, casi todos los dioses mitológicos, haciendo guardia de honor al recinto.

Desde la puerta se divisa espléndido panorama, la mirada desde allí, vá resbalando por florecientes declives de ramajes hasta llegar al valle, á cuyo extremo tropieza la vista con la ciudad, hundida entre dos montañas; en brillante confusión de torres, tejados, miradores, azoteas, radiantes de luz; como inmenso boceto, donde artista genial, hubiera derramado el color á brochazos, para romper la monótona igualdad del azul de los cielos, y el verde matiz de la campiña.

El interior del edificio tiene mucho de mu-

seo; el abuelo de Martela fué loco aficionado al arte retrospectivo, y se gastó una fortuna en antigüallas, objetos de gran valor artístico, muebles del Renacimiento, ánforas romanas, lienzos magníficos, paisajes de Lorena y Poussin, escenas de familia de Greuzen, composiciones místicas de Bandinelli y Andrés del Sarto, cornucopias antiquísimas, porcelanas de Sévres, grabados de Durero y mil cosas más, que sería prolijo enumerarte.

Sobre todo, lo que más me enamoró fué la sala de armas, de casi todo cuanto el génio homicida del hombre ha inventado, allí tiene su representacion, desde el afilado yatagan Tunecino, hasta el fuerte puñal de Toledo, desde la ligera espingarda y el pesado arcabuz hasta el prodigioso rifle americano, desde el pesado mandoble hasta el aguzado florete; y formando caprichosos trofeos, recias manoplas, cotas de acero bruñido, cascos y celadas que embellecen los testers de aquella habitacion.

Te juro que pasé una hora deliciosa viendo tanto mortífero artefacto; pero ahora

caigo en que, sin pensar, estoy llenando esta carta de cosas que á tí no te importan ni á título de curiosidad.

Cuando llegamos á la hacienda, despues de quitarnos el polvo del camino y mientras sonaba la hora del almuerzo, salimos todos menos Doña Jesusa y Don Nicomedes, que estaban algo cansados, á dar un paseo.

Valentin ofreció el brazo á Martela, y Sacramento, antes de que yo se lo pudiera ofrecer, se cogió del mio.

A poco nos internamos por una alameda de eucaliptus y nogales; el sol quebraba sus rayos en el laberíntico ramaje, donde el viento templaba sus liras rumorosas.

A nuestro paso agitaba las frondas, con fuerte aleteo, el mirlo fugitivo que lanzaba al volar, su canto vibrante y seco, como sonora nota metálica. El estridente cacareo de los gallos, repetido de cortijada en cortijada, formaban un reguero de notas que iban á perderse en los últimos repliegues de los montes.

Martela y Valentin marchaban delante

de nosotros. La monstruosa silueta de mi cuerpo, al prolongarse por el enarenado camino, interponíase entre ellos, como si pretendiera apartarlos, sin conseguir mas que quedar grotescamente desgarrada. Sentí gran tristeza, parecióme que aquel batallar silencioso, simbolizaba mi suerte, que aquello era una profecía, que aquella lucha entre lo tangible y lo abstracto, era la parodia de mis luchas futuras por romper la union de Martela y Valentin.

Sacramento me miraba de hito en hito.

—Le tiembla á usted el brazo?—me preguntó.

No supe que responderla y me encogí de hombros.

—Tengo que hablar con V.— me dijo.

Aquello me sorprendió, y cuando iba á preguntarle lleno de curiosidad, sentí la voz de Martela, que corria con direccion á nosotros, con toda la agilidad de sus pocos años y poniendo de relieve al correr lo escultural de sus formas.

—Mira, Sacramento,—dijo con voz fati-

gada por la carrera,—¿te parece que tiremos un rato al blanco?

Despues me miró sonriendo y me dijo.

—Ya verá V., ya verá V. que buena tiradora soy.

Algunos minutos después, estábamos frente al blanco ó sea ante un sombrero de palma sugeto á un carrizo.

Yo estaba preocupado: ¿de qué tenia que hablarme Sacramento? en vano me devané los sesos por adivinarlo; esta preocupación cooperó á mi completa derrota, de once tiros no dirigí bien mas que dos; Martela de cinco, desperdició uno y Valentin ¡Oh bochorno! Valentin hizo doce blancos de trece disparos.

Durante el resto del dia me dediqué á buscar una ocasion para hablar con Sacramento y lo conseguí; pero lo que hablamos merece carta aparte, esta se ha prolongado mucho, adios, hasta mañana que la continuaré.



CARTA V

Como te prometí en mi anterior voy á decirte mi conversacion con Sacramento.

Estaba esta al declinar el dia, reclinada sobre el alféizar de una ventana del comedor. Valentin y Doña Jesusa cuchicheaban sentados en el extremo opuesto de aquella gran habitacion. Don Nicomedes y Martela habian ido á la planta baja á desempeñar no sé que asunto.

—Qué tenia V. que decirme?—le pregunté inclinándome sobre la balustrada.

Sacramento echó una mirada interrogadora atrás, y al ver que no podia ser oida por nadie mas que por mí, la sonrisa de siempre se borró de sus labios y con voz firme me preguntó.

—¿Se atrevería V. á fingirme un poco de amor, delante de Martela?—

Al escuchar aquello quedé suspenso y sin saber que contestar.

—Comprendo su sorpresa, siguió diciéndolo, pero antes que nada, voy á explicarle la causa de mi pretension. Yo amo á Martela, yo he concentrado en esa niña, casi todas las ternuras de mi alma; además, tengo contraída con mis tios santa deuda de gratitud; ellos han protegido mi orfandad, y nos han puesto á Martela y á mí casi á un mismo nivel en su corazon. Por suerte ó por desgracia, lo que les sobra de bondad les falta de malicia y no han comprendido la idea de Valentin al enamorar á Martela. Este busca en ella, tan solo, una posicion, esto no tiene nada de estraño, es bastante lógico, para lograrlo tiene que vencer muchos obstáculos; en primer lugar yo, que me opondré con toda mi fuerza y en segundo que estoy segurísima que Martela no le ama, lo que siente á su lado es su vanidad satisfecha, están interesados sus ojos y sus sentidos, pero no su alma; esta se incli-

na á otro hombre, y ese otro hombre es usted.

Antes que hubiera podido interrumpirla, continuó.

—Si, Martela le ama á V., solo que este cariño está aun envuelto en las misteriosas penumbras de sus candores; su corazon, dormido para el amor, no ha roto ya su letargo, porque necesita una vibracion enérgica que lo despierte, algo que lo muerda, que lo fustigue, que lo cauterice y entonces despertará, que es lo que yo ambiciono, que despierte, que le ame á V., con la inmensa abnegacion del amor primero, que se llame su esposa, porque V. amigo mio es el hombre que conozco mas acreedor á poseerla.

Ahora bien, la nota que ha de romper su marasmo, es la de los celos; estos han de lograrlo, pero para conseguirlo se hace indispensable que me finja V. un poco de amor, nada mas que un poco de ese tan grande, que siente V. por ella.

—Es imposible lo que V. me pide Sacramento, yo no puedo acceder á sus súplicas,

yo no debo aceptar esa generosa protección que me ofrece; amo á Martela, es cierto, pero yo me resignaré á perderla, antes de recurrir á medios que no enaltecen en nada, al hombre que los utiliza.

Sacramento miróme con frialdad y respondió:

—Tenia prevista su respuesta, la tenia prevista y no importa, ya para nada necesito su cooperacion, me basto yo sola, mas estas confesiones se hacian necesarias; ellas sancionarán, de aquí en adelante, mi conducta para con V.

Y diciendo esto, recuperó su rostro, su plácida espresion y alejóse de mi lado con serena lentitud.

Por la tarde, cuando nos reunimos en el comedor, me dijo Sacramento.

—Es V. poco amable, hace mucho tiempo me prometió darme algunas lecciones de dibujo, y la promesa está todavia sin cumplir.

—Mi hermana tiene mucha, muchísima razon,—gritó Martela,—es V. poco amable.

—Dispense V., creo recordar que la de

mora obedeció á una indicación suya, dije por decir algo. La verdad es que aquella promesa era pura fábula.

—Es posible, pero V. ha debido brindarse de nuevo, refunfuñó Martela, con gesto dulcemente amenazador.

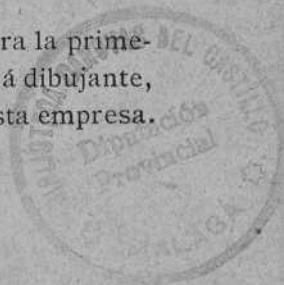
—Todo puede arreglarse, habrá sido un olvido; así pues, que desde mañana dén principio las lecciones—dijo Valentin.

—Aprobado, aprobado; pero con la condicion de que ha de pedirle que lo perdone por su falta de galanteria, y al decir esto erguíase Martela, señalándome con la mano rígida á Sacramento.

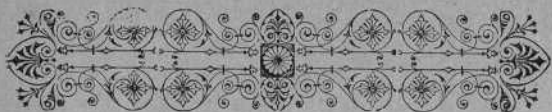
Y allá fui con mis treinta y pico, á pedir-la humildemente perdon por una falta que nunca cometí y de la que ella absolvióme sonriendo con ironía.

—Yo vés que poco ha tardado en envolverse en su red la sagaz protectora de mis amores.

Esta noche es la señalada para la primera leccion: héteme aquí metido á dibujante, veremos á ver como salgo de esta empresa.







CARTA VI

Te habrá sorprendido esta interrupcion imprevista en mi correspondencia.

Veinte dias van transcurridos desde que recibí tu última; no te he contestado antes por pereza, trás las grandes crisis, los grandes aplanamientos: mi sistema nervioso no admite término medio, ó la congestion ó el marásmo, pero nunca ese medio ambiente donde viven los séres mejor organizados que yo.

Veinte dias hace que estoy cumpliendo mi palabra, dando lecciones de dibujo á Sacramento, á la que, en confianza te diré, no echa Dios por ese camino; en los veinte dias no he logrado que haga mas que una

nariz que yo hice de forma griega y que ella se ha empeñado en hacer igual á la de una hotentote del cabo de Buena Esperanza.

La noche primera que la dí leccion, estuve como en un potro.

Figúrate que Valentin se coloca siempre allado de Martela, y aquella noche no dejaron de cuchichear un segundo durante toda la velada.

Don Nicomedes habia ido, como tiene por costumbre, al Círculo á jugar su partida de tresillo y Doña Jesusa, embutida en enorme poltrona, durmióse con la barba sobre el pecho.

Sacramento inclinada sobre el tablero, no levantaba sus ojos mas que para consultarme sobre su trabajo, ó para recompensar mis consejos con una sonrisa.

Yo en un principio no quise mirar á Martela, mis ojos recorrieron todos los menores detalles dela habitacion, analizando con violenta fijeza, los cuadros, los muebles, los tapices, las pequeñas esculturas que adornan la chimenea y hasta los geniecillos que

se transparentaban á favor de la luz, en la bomba de cristal de Sajonia de la lámpara.

Mientras mi vista vagaba acá y acullá, parecíame que Martela llamábame con dulce seseo; este seseo no era más que el único rumor, la única estela que dejaba en el aire su rítmica pronunciación andaluza, en sus secretes con su primo.

Durante largo rato luché por no mirarla y bastó que me impusiera tal sacrificio, para que algunos minutos mas tarde, posara en ella mis ojos.

Ella, al notar mi mirada, sonrióme con afable expresión y me dijo:

—Que tal, que tal se porta la discípula?

—No va mal, le repuse con acento que quise hacer agradable.

Ella se levantó, y dando la vuelta á la mesa, acercóse á mirar el dibujo por encima del hombro de Sacramento.

En aquel instante su mano se apoyó en mi brazo, y rozó con el suyo mi mejilla.

Con el cuerpo arqueado, descansando en la espalda de Sacramento su seno arrogante, los grandes ojos fijos en el papel y su

pierna rozando ligeramente la mia, permaneció algunos segundos. Aquel ligero roce me hizo el mismo efecto que si me hubieran puesto en comunicacion con una gigantesca pila Voltáica; en aquellos pocos momentos que permaneció á mi lado, imaginó que envejecí de celos.

Aquella muger no me pertenecería nunca, otro hombre sería su dueño, ¡su dueño! ¿tú sabes lo que esto significa? Apagar en el rico manantial de sus perfecciones la sed abrasadora del deseo, sentirla, por primera vez, palpar contraida por el deleite en nuestros brazos; sentir agarrotarse sus músculos con los espasmos del placer, besar á la virgen para convertirla en bacante y dignificar y rendir culto á la materia al sentirnos arrastrados por ella, hasta esos golfos ardientes, donde gime el espíritu unido al cuerpo, como el latido á la arteria

Cuando se colocó Martela en su sitio, vibraba todo mi ser, á impulso de la rapidez circulatoria de mi sangre.

Poco á poco fué calmándose mi escitacion, pero cuando me retiré á mi casa aun

sus ardientes reminiscencias hicieron volar mi pensamiento por anchos horizontes poblados de luz y de vértigos.

¡Qué ensueños! Fueron tan terribles mis pesadillas aquella noche, que cuando llegó el día y el primer rayo de sol inundó mi alcoba de luz, senti vergüenza por los desatinos que soñé; de buen grado hubiera dado forma humana á mi pensamiento, para golpearlo hasta la saciedad por sus travesuras de mal gusto. Me levanté decidido á hacerme superior á mis pasiones, y creo que lo voy consiguiendo; verdad es que he pasado muchos días de prueba, muchos, pero sin duda el corazón se acostumbra á sufrir y cada día que pasa adquiere mas vigor y fortaleza en la lucha.

La actitud de Sacramento para conmigo delante de todos menos de Martela, es casi igual que antes, no ha roto en honor mio el antiguo troquel de su impasibilidad, pero cuando la puede ver su hermana, sus ojos se animan y tienen para mí atenciones y miradas elocuentes.

Estas maniobras de mi discípula creo le

van dando algun resultado, verdad que este es tan débil, que apenas si se puede precisar, pero yo no he podido menos de advertir, que Martela está ligeramente ofendida en su vanidad de muger y que no la hace feliz ver debilitarse el culto de unos de los más fervientísimos devotos de su hermosura.

No pienses que mi fanatismo por ella es menor que antes; lo que sucede es, que ahora va despertando mi orgullo lastimado, y algunas veces pretendo sacudir el yugo de este amor no comprendido, y que no entra para nada en la balanza donde pesa Martela sus afecciones.

Yo ya me hubiera opuesto á las argucias de Sacramento; pero me veo imposibilitado, y además en confianza te diré, que cada línea que avanza en sus planes, me llena de alegría. Tal vez, haciendo esfuerzos de imaginacion, consiguiera hallar un medio que contrarestara sus esfuerzos; pero me es tan grata la idea de mi impotencia que me resigno gustoso.

Hace dos dias quedé un momento á solas

con Martela y sin pensar en ello, la felicité por el creciente esplendor de su belleza.

Posó en mí sus grandes ojos, y sonriendo con desdenosa ironía, me dijo:

—Cállese V., si se entera Sacramento de que me requiebra, puede no gustarle.

Me encogí de hombros y le pregunté:

—¿Y Valentin no ha venido?

—No, pero tardará poco, es casi tan puntual en venir como V. en darle á mi hermana lecciones de dibujo.

Y diciendo esto celebró su alfilerazo con una espontánea carcajada.

—¿Porque ríe esta loca?—preguntó Sacramento entrando en la estancia.

—Por nada,—repuso ella,—recordábamos lo grotesco de la figura del pobre Valentin cuando salió por las orejas del caballo,—y al decir esto, miróme como si quisiera amor-dazarme con su mirada para no ser desmentida.

Yo no pretendí tal cosa, en aquel disimulado reproche, hijo de vanidoso resentimiento, no ví palpar un átomo de celos.

Adios amigo mio, no pienso seguir mo-

lestando tu atencion con cartas tan largas como esta, hasta que ocurra algo que de contar sea.

¡Ah! se me olvidaba, los consejos que me dás en tu última no merecen tampoco la pena de seguirse.



CARTA VII.

—=—

¿Que metamórfosis se ha operado en mí? No me la explico. Hace próximamente dos meses que acudo todas las noches á casa de los de Valencoa, que veo á Martela, á esta muger á quien amo tanto, al lado de otro hombre, y á pesar de esto, ya no me agitan aquellas súbitas congestiones de rabia que me perturbaron en un principio. Me he ido habituando, sin duda, á la idea de que no me vá á pertenecer y pienso en ello con gran tristeza, pero sin gran cólera, parece que el exceso de sensibilidad de mi corazon y las múltiples impresiones que lo han combatido, lo han arrojado en brazos de una gran enervacion que me consuela.

Esto ha agriado un poco mi caracter y ¡oh corazon de la muger! Martela, sin darse cuenta, extrema conmigo la nota de sus coqueterias, hasta el extremo algunas veces, de hacer anublar el rostro á Valentin.

Las noches, que en un principio se me hacian insoportables, hoy se deslizan de un modo mas tranquilo.

Sacramento adelanta con mucha lentitud en el dibujo y yo le he tomado tanto cariño á mi papel de maestro, que siento verdadera satisfaccion cada vez que su mano traza un rasgo feliz.

A fuerza de contemplarla he ido desnuzando sus facciones y encontrándole encantos en que no me habia fijado hasta ahora. Su tez es tan blanca, que deja transparentar sus finas ramificaciones venosas, sus cabellos ondulantes tienen matices cobrizos y luminosos reflejos; sus ojos brillan con esa gradacion tibia y melancólica del cielo del Norte, su cuerpo es delicado pero lleno de curvas suaves, aéreas esbelteces y peregrinas turgencias.

Tambien me llama la atencion el cambio

que ha sufrido su carácter, la sonrisa que le era peculiar casi está borrada de sus labios y alguna que otra vez responde á mis preguntas con acento brusco y mal humorado.

Hace unos dias hablando con Doña Jesusa me dijo esta:

—No sé lo que le pasa á mi Sacramento, está mas triste que de costumbre y no sé á que atribuirlo. Nunca la ha sucedido lo que la pasa ahora, tiene la cabeza dada á pájaros, anda siempre distraida y la he notado algunas veces los ojos enrojecidos como si hubiera llorado; mucho, mucho me temo que ande enamoriscada, pero lo que no comprendo es de quien pueda estarlo.

Esta opinion de Doña Jesusa, me causó una sensacion desagradable, cosa que no tiene nada de estraño, pues como todos poseemos cierta dosis de egoismo y me he habituado á su trato íntimo y afable, sentiria perderla.

No vayas á pensar que si Martela estrema conmigo sus graciosas coqueterias, es porque haya disminuido su amor á Valentin. Sacramento se equivocó al juzgarla,

Martela ama á su primo, y á más de sus sentidos están interesados, su corazon y su alma, me atrevo á jurarlo. Cuando sus miradas se posan en él, cuando sus misteriosos diálogos hacen hervir la sangre en sus mejillas, yo veo como se asoma su alma á sus ojos, como su respiracion alza y deprime violentamente su seno, y como su rostro se transfigura radiante de felicidad.

Cuando Valentin tarda algo, aparece inquieta, febril, nerviosa; veinte veces levanta los visillos del balcon, vá de un lado á otro sin objeto, habla á regañadientes, cada campanillazo en la puerta, la hace estremecer, lo cual no impide que siga fascinándome con miradas y sonrisas.

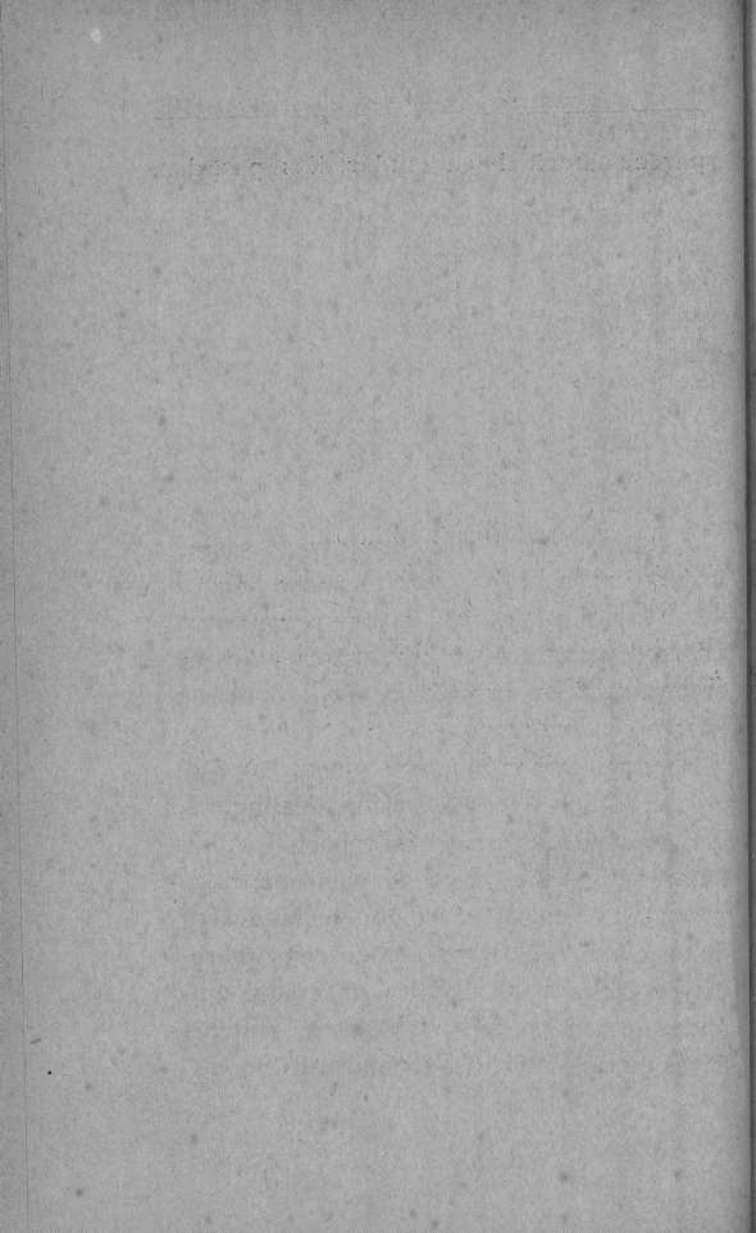
Valentin nada ha dicho todavia; esto me consuela; pero el asunto pronto ha de decidirse, dentro de muy poco tiempo cumple el permiso que le otorgó su gefe, y tendrá que ir á incorporarse á su regimiento, y segun me dijo noches pasadas, no le será fácil conseguir una demora.

Mi trato con él, es más íntimo cada dia; en vano pretendo romper los lazos que el

parece empeñado en anudar; días pasados, quedé en cama ligeramente indispuerto; apenas se enteró, encajóse en mi casa á hacerme tertulia, y te digo, en verdad, que no se me hizo largo el tiempo que estuvo á mi lado, tiene, lo que nosotros decimos, dón de gentes y su conversacion es amena y distraida.

He conseguido que Sacramento consienta en ir mañana al teatro; se estrena un drama de un pobre amigo mio que yá murió; según me dijo, accedia gustosa á ir, tan solo, por rendir un tributo de admiracion al muerto y una atencion al vivo; yo se lo agradeceré en el alma.

Adiós, hasta mañana ó pasado, que volveré a escribirte sin esperar respuesta tuya.





CARTA VIII.

Ayer fué Sacramento al teatro; no sé por qué esperaba yo con tanta ansiedad la hora del estreno; nunca he ido tan temprano á un espectáculo; un cuarto de hora antes de empezar estaba ya en mi palco, donde á poco entró Valentin.

El teatro estaba aún casi vacío; los mecheros del gas, á media presión, lo alumbraban escasamente; en los extremos flotaban todavía, ténues girones de sombras; estas y el color carmesí oscuro de las butacas y de los cortinajes de los palcos, ensombrecían el coliseo. Las bombas de cristal apiñadas de tres en tres, semejaban grandes flores de alabastro, impregnadas de lumino

sas reverberaciones; el silencio era interrumpido, tan solo, por algunos golpes aislados de tós, y por los rumores que formaban los más precavidos concurrentes, al escoger sitio en las galerías.

Lentamente fué la multitud invadiendo la sala; empezaron á brillar en los palcos hermosuras espléndidas, con brillantes tocados; fué poblándose el ambiente de perfumes de flores y rumores de colmenas, y cuando las tres campanadas de ritual hirieron nuestros oídos, y adquirió la luz todo su brillante esplendor, sentí abrirse el palco de los de Valencoa, y algunos instantes después estaba ocupado por estos.

Martela estaba como siempre, hermosísima, y radiante de elegancia; pero la que me llenó de sorpresa fué Sacramento. Acostumbrado á verla diariamente con su holgada bata, color marrón, con agremanes de seda, no pude ménos de sorprenderme, contemplándola vestida con gusto esquisito. La empolvada cabellera de oro, recogida en pesado coco griego, las megillas matizadas de púrpura, al aire las níveas mor-

bideces de su garganta, luciendo la cimbradora esbeltéz de su cintura, sus brazos casi desnudos, nítidos y suaves, como cincelados en marfil, las delicadas bellezas de su busto y aquella noble magestad que la engrandece.

Al verla experimenté estraña sensación, y tuve un momento de orgullo, al notar que su primera mirada y su primer saludo, fueron para mí.

En el primer entreacto, fuí á saludarlas, acompañado de Valentin, y no pudimos cambiar mas que breves frases: penetraron en el palco algunos otros amigos de la familia, y nos retiramos, no sin que Valentin protestara *sotto voce* de lo que él calificó de impertinencia, en aquellos.

En el dintel de la sala, permanecimos algunos instantes. Martela hablaba con el vizconde de Cárdenas, lo cual no impedía que cada dos segundos arrojara á hurtadillas una mirada á su primo.

Sacramento hablaba con otro para mí desconocido, y ¿querrás creerlo? esto me puso nervioso; me acordé de aquellas fra-

ses de Doña Jesusa, cuando me indicó su temor de que estuviera enamorada su sobrina, y me sentí incómodo y violento.

Durante toda la representacion, estuve de mal humor y mis celos por Martela me mortificaron ménos, mucho ménos, que el indiferentismo de mi discípula.

—Viene V?—me dijo Valentin. al terminar el segundo acto.

—No, voy á fumar—respondí encendiendo un cigarro tras el cortinaje.

Pocos momentos después llegaba él, al lado de los de Valencoa; me pareció que Sacramento le preguntaba por mí y que despues se fijaba con insistencia en mi palco, desde donde la observaba sin ser visto.

Mi mal humor fué creciendo, me sentia ofendido sin razon alguna, á veces una impresion es un problema.

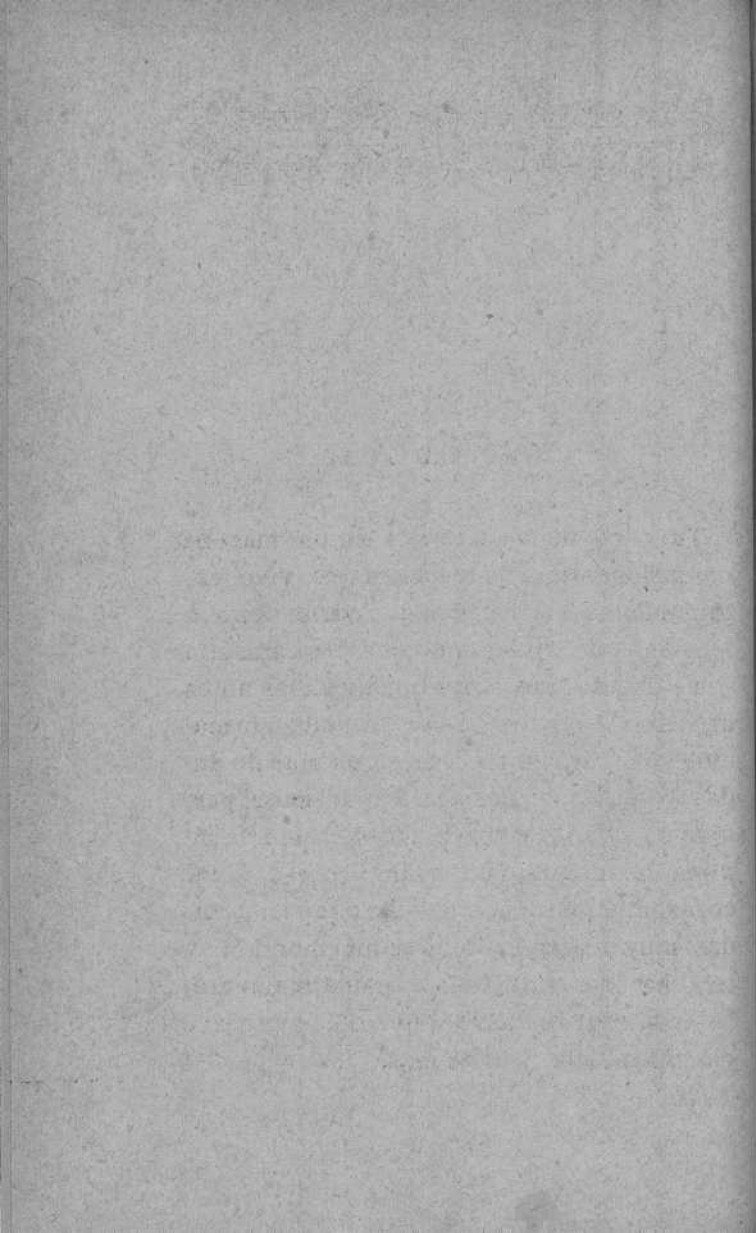
Cuando terminado el espectáculo y después de aplaudir á rabiar la produccion de mi pobre amigo, comenzó la gente á desocupar el teatro, me situé al pié de una escalinata para ver salir á los de Valencoa, y algunos minutos más tarde, asomaron es-

tos; primero Martela y Sacramento, arrebujadas en sus abrigos de castor y pieles por cuyos extremos asomaba el brillante raso de los vestidos; detrás, cubiertas las bocas con los pañuelos y cogidos del brazo, venían Don Nicomedes y Doña Jesusa.

Me saludaron al pasar, y ví como al subir Sacramento al carruaje, por una traición del estribo, dejó descubierto, un segundo no más, un pié microscópico y el principio de la torneada pierna, entre un remolino de batista y encajes.

A través del cristal de la portezuela ví los rostros de las dos, y mis ojos se fijaron, no en Martela, como tú supondrás, sino en la poseedora de aquel pié tan diminuto que el acaso me dejó entrever para tormento de mis sentidos.

Hoy pienso ir mas temprano á su casa, me parece muy natural, es preciso no abandonar el dibujo, y como buen profesor debo recuperar el tiempo que perdimos anoche. Por cierto que no volveré á suplicar á Sacramento que vaya otra vez al teatro.





CARTA IX

Tu carta me ha arrojado en un mar de confusiones; en ella me dices que vivo engañándome á mi mismo, que ya no amo á Martela, que á quien amo es á Sacramento.

He dejado transcurrir muchos dias antes de responderte, porque tu rotunda afirmacion engendró en mi cerebro un mar de dudas, y con objeto de hacerle recobrar el perdido equilibrio, y concretar el estado de mi alma, he instruido un gran proceso á mi corazon, y he sacado en claro, que no andas muy descaminado, que mi amor á Martela ha ido entibiándose paulatinamente, hasta quedar reducido á una dulce inclinacion hácia ella, y nada más.

¿Quién ha verificado este milagro? No lo sé. Tengo entendido que los grandes obstáculos son acicates de las grandes pasiones; á mi me ha sucedido lo contrario, los obstáculos han sido el poderoso antipirético que ha hecho degenerar, en tibia des-templanza, la inmensa calentura de mi sangre.

Indudablemente lo que yo he sentido por Martela, ha sido una de esas lujuriosas ventiscas de fuego que electrizan momentáneamente nuestro organismo y que pasan veloces, como pasa la centella por las enlutadas entrañas de la nube.

Martela conoció el culto que la rendía y no la desagradó. ¡A qué muger le desagradaba verse objeto del ardiente fanatismo de un hombre, sea este quien sea!

Mientras se reconoció dueña de mis afec-ciones, se guardó bien de alentar mi cariño, lo dejó vivir de su propio fuego; pero desde el instante en que vió debilitarse mi fé, sintió vago despecho, y por vanidad, ha quer ido soldar la quebradiza cadena de mi esclavitud, esta cadena que yo no he crei-

do rota, hasta que tú me lo has asegurado.

Cuando la llama de una pasión se extingue en nuestra alma, siempre debe quedar un vacío; yo no siento ese vacío, tal vez no exista, tal vez el altar que en mi espíritu levanté á Martela, al ser abandonado por esta, haya sido ocupado por Sacramento; tal vez tengas razón al decírmelo, pero de uno ú otro modo, no te lo puedo asegurar, encuéntrame en tal estado de ánimo, son mis ideas tan confusas, he perdido de tal modo la trayectoria de mis sentimientos, que no hablo mas que por conjeturas.

Al día siguiente de la noche en que se estrenó el drama de mi pobre amigo, llegué mas temprano que de costumbre á casa de los de Valencoa.

Estaban solas, en la habitación donde acostumbramos á pasar la velada, Doña Jesusa y Sacramento.

—Vengo á recuperar el tiempo que perdimos anoche—dije sin poder evitar que mi acento fuera un tanto seco al recordar el

aparente desvio de mi discípula en la noche anterior.

Ella miróme con estrañeza, como ligeramente sorprendida por la acritud de mi acento, y sin decir palabra cogió el lapiz y empezó á dibujar.

—Anoche pasaria V. el tiempo agradablemente.

—Sí, por mas que es tan desconsolador el drama de su difunto amigo, que entristece el ánimo

—No importa, en el teatro se encuentran siempre medios de neutralizar el efecto triste de un drama.

Esta vez fué mas franca su mirada de sorpresa.

—Está V. hoy algo enigmático,— me dije.

—No por cierto, lo que estoy es resentidísimo; es que anoche, distraida, sin duda, con el espectáculo, no se dignó mirarme una sola vez.

Apenas hube pronunciado estas palabras, su rostro se animó de un modo rápido, brillaron en sus ojos alegres destellos,

sonrió dulcemente y después, con una transición violenta me dijo de un modo brusco:

—Gracias á Dios que se ha decidido á ayudarme en mi plan; pero demuestre usted esos celos cuando se pueda apercibir Martela, ahora no es preciso; ni siquiera puede notarlo mi tia; está durmiendo.

Aquella respuesta me dejó aturdido. Efectivamente, sin pensarlo, lo que hice fué darle celosas quejas, y estas quejas fueron interpretadas por ella como una impertinente argucia mia. Pero aunque hubiera sido así ¿porque la emocion animó su rostro al oír mis palabras? ¿Porqué aquella transición tan violenta y aquel acento tan áspero y vibrante?

Después pareció arrepentirse de la sequedad de su respuesta, y me habló tan dulcemente que desvaneció de mi cerebro aquella desagradable impresion.

Los dias sucesivos he notado en ella extraños contrastes, muchas veces la he visto mirarme á hurtadillas, ruborizándose al ser sorprendida por mí, y otras veces apenas si levanta los ojos del papel.

—¿Y Martela? Martela sigue declinando en mi alma.

Adios. Escribeme mucho, pues espero la tuya con ansiedad.



CARTA X

—=—

No he querido esperar respuesta tuya; tengo muchos deseos de participarte todas las pequeñeces, que van formando hoy las páginas del libro de mi vida.

Mi indiferentismo por Martela, ha invadido, casi por completo, mi corazon; ya verla al lado de Valentin apenas si me preocupa; ya casi no pienso en ella y créo que pronto se hundirá para siempre en el sarcófago de olvido, la sombra espectral de mis pasados amores.

Nada la he dicho á Sacramento; esta si gue tegiendo su red, hoy ya inútil, pues no me he de dejar apresar en ella.

Este trabajo de zapa, además de no dar

le casi resultado, parece entristecerla; su carácter se vá llenando de sombras de tal modo, que cuando la comparo con lo que era antes, me resulta un abismo por medio.

Su sistema nervioso ha roto el letargo en que yacía, y hoy es una muger impresionable y hasta á veces colérica, sobre todo conmigo; y sin embargo, casi me atrevo á asegurarte, que no siente antipatía por mí, todo lo contrario, pero la verdad es que no comprendo la causa de sus exasperaciones.

Hoy he tenido una conversacion con Valentin, que ha aumentado el desnivel, este pícaro atontamiento que impera en mis facultades intelectuales.

Era medio dia, estaba solo en mi bufete, sin ganas de hacer nada, cuando me anunció un criado la presencia de Valentin.

—Ya sé que no es esta la hora mas oportuna, dijo este entrando, pero hace un dia delicioso, tengo un carruaje á la puerta, y vengo á ofrecerle el mejor sitio en él, y un paseo por los alrededores.

Acepté gustoso su invitacion y dos minutos más tarde, nos hacíamos conducir camino de la campiña.

El día era verdaderamente espléndido; la luz hervía en el ambiente como en gigantes cosos crisoles de cristal impalpable, el cielo lucía sus tonos más puros, el mar los suyos más cristalinos y el campo sus más bellos matices.

Al llegar al arroyo, bajamos del carruaje con objeto de estirar las piernas por aquellas cercanías, llenas de esbeltos edificios y frondosos jardines.

Nuestra conversacion recayó, como tu supondrás, sobre los de Valencoa, y Valentín tuvo conmigo un momento de expansion en que me puso de manifiesto el estado de su alma, expansion que, hasta entonces, había yo hecho por eludir.

Respondiendo á una pregunta mia, me dijo:

—Nunca, hasta ahora, ha llegado ocasion de hablar de este asunto; pero ya que hoy se ocurre, le diré á V., con lealtad, que amo á Martela, como se ama á la mujer que

consagramos para compañera nuestra y madre de nuestros hijos. Yo sé que este amor será comentado por mucha gente, como una miserable medida de especulación; pero yo le juro á fé de caballero que se engaña quien piensa así: si Martela no poseyera absolutamente nada, yo tendria un orgullo y un placer inmenso, en compartir con ella mi pobreza. Además, yo no la solicitaré por esposa, hasta que mi graduacion en el ejército, me dé un sueldo igual á sus rentas, hasta que nivele el honrado producto de mi trabajo con el producto de su dote.

—Y tendrá V. energia para aguardar su ascenso?

—Indudablemente; quiero probarle á todos, y sobre todo á Sacramento, que hacen mal en oponerse á esta union.

—Sacramento se opone? no creo... sin duda....

—Sí, créalo V., Sacramento es mi más terrible adversario; pero en honor á la verdad, tengo que decirle, que de algun tiempo á esta parte, no lucha con tanto ahinco por entorpecer mi marcha. Esto obedece,

sin duda, á la imposición de otro criterio más imparcial; yo creo, como Doña Jesusa, que Sacramento está enamorada y yo, amigo mio, pienso, como piensa Martela, que el hombre á quien ama es, á su profesor de dibujo.

—Imposible, imposible, están Vds. en un error,—murmuré emocionado.

—No es tan imposible, créalo V. Martela ha sondeado el corazón de su hermana, y la mirada de una mujer no sondea en vano las entrañas de un abismo; le pasa lo que al sol que todo lo ilumina á su paso, y ella jura y perjura que el hombre querido por Sacramento es V.

—¡Bah! Suposiciones de Martela, eso no es posible,—y mi acento fué balbuciente y sentí como mis entrañas se estremecían de gozo.

Ya á solas en mi aposento, he pensado con extraño júbilo, en lo feliz que sería, si alegrara mi soledad, mi triste cuarto de soltero, la figura esbelta de Sacramento. La imaginación, en su labor incesante, presenta á los ojos de mi alma, el paisaje de una

felicidad suprema, y sueño con llenar el vacío que me rodea, con vivir para una mujer hermosa y buena y para unos cuantos pequeñuelos, que no dejen en mi redor títere con cabeza, y que endulcen mi existencia con sus besos y sus caricias.

Al concebir estas cosas, no puedo ménos de pensar en lo feliz que sería, si mi discípula me amara, si no se hubiera equivocado Martela al juzgarla..... pero no, no es posible, perdona estas obsecaciones mías, ya comprendes tú que no me puede amar; si sintiera por mí algún cariño. ¿como interpretar su empeño en unirme á su hermana?

Nada, amigo mio, si sigo así, concluiré en un manicomio.



CARTA XI

Tampoco he querido esperar tu respuesta, tengo muchas cosas que decirte, alégrate, no són malas noticias, al contrario; pero voy á ser muy breve, pues quiero aprovechar el correo de hoy, y este sale dentro de una hora.

Después de mi conversacion con Valentin, se hacia preciso que yo hablara á Sacramento, para suplicarle que no persistiera en su empeño de oponerse á los amores de Martela y su primo.

Así pues, y con esta intencion, me dirigí á su casa, antes de la hora de costumbre, con objeto de hablar á solas con Sacramento.

Estaba ésta en compañía de Doña Jesusa: Martela no habia salido de su tocador.

Despues de saludarla y aprovechando un descuido de su tia, la dije.

—Es preciso que hablemos.

—Miróme con estrañeza, y me hizo una señal de asentimiento.

Algunos instantes después se dirigió á un extremo de la sala.

—Vea V., vea V. que precioso dibujo de Llovera, que aire más picaresco el de esta chula.

—Para ti, siendo de Llovera, no hay dibujo malo,—murmuró Doña Jesusa.

Me dirigí al lado de Sacramento; ésta á la par que hojeaba una *Ilustracion* me dijo en voz baja.

—Que tenia V. que decirme?

—Suplicarle que ceda en su empeño de impedir los amores de Martela.

Clavó en mi sus grandes ojos y me dijo:

—¿Con que objeto he de ceder?

—Con el de hacerlos felices; Valentin es digno de ella, un cumplido caballero.

—Esa actitud y ese ruego le honran; pero

yo no puedo complacerle en su peticion, primero por ella, después por V.

—Está V. en un error, Martela ama á Valentin, será feliz con él, yo se lo aseguro, y además que yo... no seria feliz con ella.

—¿Porqué?

—Porque no la amo ya.

Aquella negativa la hizo estremecer.

—Que no la ama ya?

—No, Sacramento, perdone mi franqueza, voy á hablarle á V., con entera sinceridad, voy á abrirle mi corazon, y después juzgue V., como quiera, mi actitud.

Ella no respondió nada á este exordio, su semblante estaba iluminado por vaga expresion de ansiedad y alegría.

—¿He amado verdaderamente á Martela No lo creo,—dije—no lo creo; lo que he sentido por ella ha sido una de esas delirantes fiebres que engendran en el hombre, el contorno de un seno arrogante ó la dulce voluptuosidad de unos ojos de fuego.

—Yo no me hubiera apercebido de que Martela no es ya una niña, y sí una mujer hermosa, si no hubiera sido por un detalle que

hizo variar momentáneamente el curso tranquilo de mi pensamiento. Además, ella es una mujer de su siglo, buena, irreflexible,preciada de sus encantos, frívola y aficionada al gran mundo; yo, por el contrario, estoy enamorado de los soñados goces del hogar, afanoso de quietud, de dulzuras y soy refractorio á la ostentacion y al bullicio. ¿Como quiere V. que siga amando á la mujer que simboliza la total abdicacion de mis esperanzas?

—Es casi una niña.

—Ya lo sé, y es posible que sufra un cambio en su modo de ser; pero ¿cree usted que debo apuntar á una carta mi tranquilidad futura?

—Si; efectivamente, no la ama V. ya, el amor no razona, el amor enloquece y V. no solo razona, sino que hasta es injusto.

—Tal vez; pero V. tiene parte de culpa en mi desamor.

—¿Yo?

—Si, V.—dije arrastrado por no sé que extraña vehemencia;—V., que me ha hecho soñar con otros horizontes más llenos de

luz; V., que se ha presentado á mis ojos, llena de grandezas de alma y de abnegacion, sí, de abnegacion, porque V., rindiendo su orgullo en aras de lo que ha creído sus deberes, se ha resignado á desempeñar un papel que la enaltece á V. sola, ha querido labrar la felicidad de la hermana y del amigo y mi gratitud ha incubado un gérmen, quizás ménos santo, pero sí más grande, otro gérmen que, rompiendo hoy su clausura, invade toda mi alma.

—Hable V. más quedo, por Dios, mi tia... me dijo Sacramento con voz trémula.

—Yo en mis horas de soledad y hastío,—continué con voz reprimida—me he forjado un porvenir risueño, lleno de paz y de apacibles horas; yo he soñado con el amor de una mujer, que alegre con su cariño la senda de mi vida, que comparta mis alegrías y endulce mis dolores; yo he soñado con ella, como se sueña con el cielo, sin esperanzas de alcanzarlo, y esa mujer... es V., Sacramento.

Esta estaba pálida como si su rostro fuera de mármol, sus labios titilaban nerviosa-

mente como para modular una frase que no brotaba de ellos, sus ojos fijos en mi, brillaban con luz intensa.

Yo temblé esperando una frase suya, pero antes que brotara de sus labios, Martela penetró en la estancia y acercóse á nosotros.

Créelo, amigo mio; en aquellos momentos la hubiera golpeado.

Adios, no te doy más detalles, porque el tiempo apremia; pero para que te regocijes te diré que soy feliz. Sacramento me ama.



CARTA XII

Amigo mio: Robo algunos instantes á mi felicidad, para responder á la tuya y para ofrecerte la parte que te corresponde en ella, por tu gran cariño hácia mí.

Sacramento, hace un mes, agregó á su apellido el mio. Apenas terminada la ceremonia de nuestro enlace, salimos para esta, donde permaneceremos, algunos dias mas, antes de visitar á Paris.

Sacramento está transfigurada; como nunca habia salido de la provincia, todo le llama la atencion. Ayer pasamos el dia visitando la Alhambra, yo parézco un recién salido de la Universidad, no hacemos más

que levantar cartillos en el aire, proyectar métodos de vida y recordar el pasado.

Ayer recibimos carta de Valentin, que ya marchó á incorporarse á su regimiento, y en ella nos dice que espera ascender pronto.

Yo le he contestado felicitándole por su energía en no solicitar la mano de Martela hasta conseguir lo que se propuso, para lo cual he puesto, en juego mis mejores relaciones y espero verlo, en breve, adornar su guerrera con los galones de coronel.

De tí tambien nos hemos ocupado, por cierto que mi muger está empeñada en suplicarte le entregué mis cartas, si te las pide, haz lo que quieras.

Martela le ha escrito á Sacramento, rogándole que abrevie el viaje; pues dice que está muy triste y que la casa se le cae encima.

Cuando Sacramento recibió esta carta, la dije simplemente por galantería.

—Si quieres, que venga con nosotros.

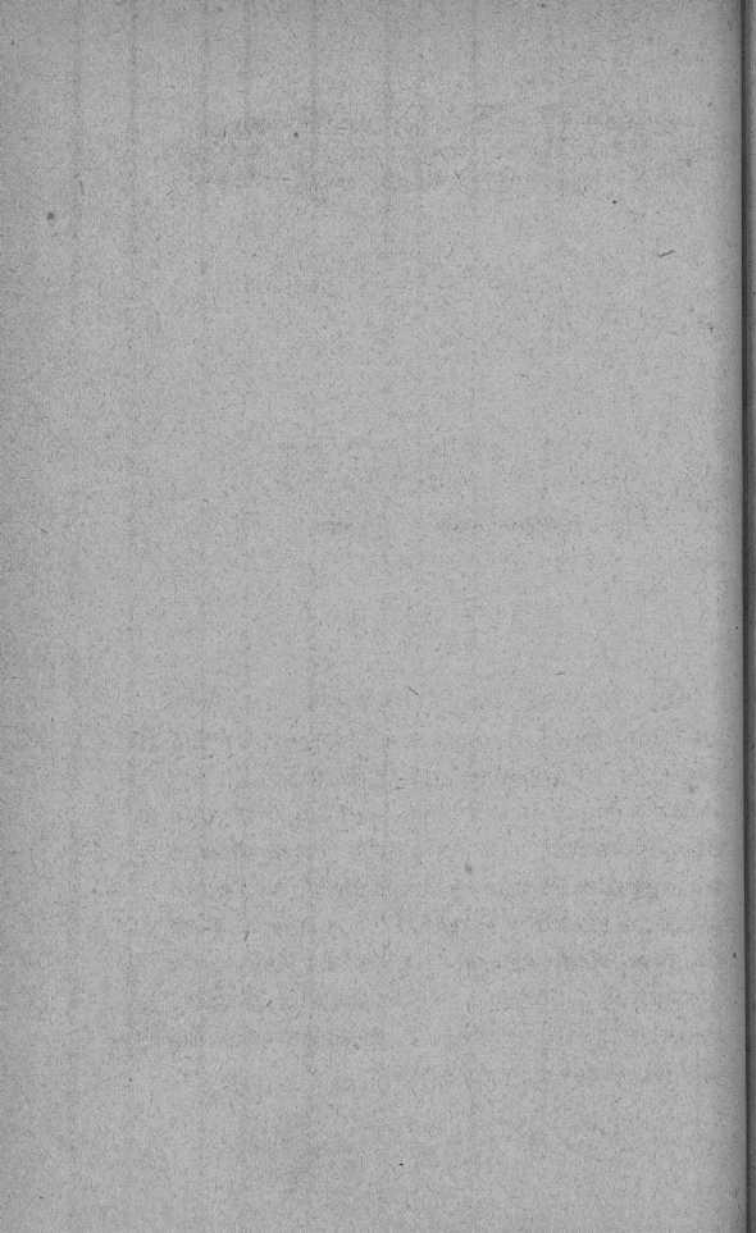
Ella me hizo tan gracioso mohin de burla que lo recompensé con un beso.

Dispensa hombre, dispensa, se me escapan estas intimidades sin pensarlo.

En este instante pretende ella leer esta carta, yo no quiero, ya vés tu que compromiso si lee lo del beso, nada, no la leerá. Adios, hasta mi vuelta de Paris, que iré á esa á darte un abrazo.



CHURRETE





CHURRETE



CAPÍTULO I.



Era Churrete uno de los mas famosos prohombres del barrio; una buena persona, valiente, mugeriego, gran tañedor de vihuela y macareno y rumboso como el que más. No ocurría en el barrio *jorno* donde no figurara como protagonista, ni había chico ni grande que no le conociera y su nombre, rebasando los estrechos límites de la capital, voló por toda Andalucía, donde, entre la gente del *bronce*, era pronunciado con veneracion y respeto.

¶ Muchas fueron las veces que le pusieron á la *sombra*, con todo el miramiento del mundo; pero tenía tales aldabones, que á las veinte y cuatro horas, cuando no se trataba más que de escándalos y palizas, ya estaba, mi hombre, otra vez en la calle, dispuesto á darle la desazon al mismísimo lucero del alba.

¿Pensarán mis lectores que Churrete era un jastialón como un castillo, con cara de lobo y voz campanuda? pues si así piensan, se equivocan de medio á medio; era todo lo contrario; bajo de cuerpo, metido en carnes, algo crecido de abdómen, bonito de cara, con ojos azules, diáfanos, apacibles, boca pequeña y sonriente, bigote rubio y sedoso, cabello escaso y voz melosa.

Vestía, casi siempre, trage oscuro, larga americana, pantalon ceñido, faja negra, camisa siempre *alveando*, y entreabierta para dejar mayor espacio al pescuezo corto, apoplético, blanco y torneado como el de una muchacha.

Su oficio, como él decía, era el de *baratear* en las *timbas*, pero cuando el goberna-

dor ó el ministro *metían la pata* nada mas que por hacerle la contra y quitarle su medio de vivir á cuatro padres de familia, lo que sucedía de higos á brevas, entónces se dedicaba al chalaneo, con lo cual tampoco nunca le faltaban cinco duros en el bolsillo, *pá* gastárselos con *cualesquiera*.

Como á todo hombre de mérito, nunca le faltaba un *apaño*; por aquel entónces, privaba con él la Cartagenera, una muchacha fresca, rolliza, apretada de carnes, con ojos negros y dormilones, frente estrecha, color encendido y cabello negro, encrespado sobre la frente, con gracioso artificio.

Su historia era una vulgaridad; por eso no la cuento. Tres meses hacia entró en *arreglo* con Churrete, antes estuvo en relaciones con Sardinita, un mozo como un roble, avieso y mal encarado, que si por negruras de tripas ahorcaran, hubiera hecho él, años antes, juegos *malabares* en el *columpio*.

La Cartagenera estaba ahita de él, cuando, un dia, se tropezó con Churrete; á éste le chispearon los ojos de codicia y á ella se

le abrieron como tazas. Total, que á los quince dias, decidieron *juntarse* sin pedirle permiso á Sardina.

Cuando este se enteró, se puso mas verde de color que era, se le revolvió la bilis, los celos se le metieron en el corazon, pero no se atrevió á chistar; era mucho hombre Churrete; aguantóse como un muerto y hasta tuvo agallas para sonreir, cuando aquél, una tarde en la taberna, le dijo con cínico descaro:

—Sabes que la Cartagenera es una *gachi* de *mistó*?

Sonrió, ya lo he dicho, pero si Churrete hubiera podido sondear los abismos de su pensamiento, habría temblado.

Churrete, no quería, ni poco ni mucho á la Cartagenera. Era vehemente, nervioso, impresionable; sus pasiones eran rápidas, como las grandes ventiscas. A los dos meses sintió el hastío de la posesion, pensó en el mejor medio de que aquél pasatiempo no grabara su bolsillo, y decidió ponerla al frente de una taberna en la calle del Cristo.

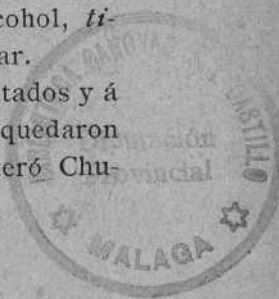
No le costó gran cosa montar el Estable-

cimiento: un bazar con alardes de estantería, un mostrador mas corto que ancho, cuatro docenas de botellas de mostagán y aguardiente, seis barriles pintados de amarillo, unas cuantas copas y vasos, y una cortina de percal encarnado, cubriendo la puerta de la trastienda que servía de dormitorio, completaban el ajuar de aquel *jondilón* á la moderna.

Se presentó bien el negocio, todos los amigos de Churrete, que eran muchos, iban allí á remojar el gaznate, á darse cuatro *pataitas* y á no dejar dormir á la vecindad.

La Cartagenera era pintiparada para aquello; sabía alternar con todos, sin dejarse tocar á la ropa, escupir el vino sin que la vieran, poner la cara hosca y de un empellón plantar en la del rey, al que osaba, envalentonado por el alcohol, *ti-marle* cualquier cosa fuera de lugar.

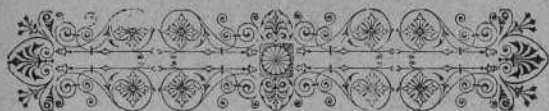
Verdad que estos eran muy contados y á los pocos que lo hicieron, no les quedaron ganas de repetir, cuando se enteró Churrete.



Este iba á verla, allá por la madrugada, cuanda ella echaba á la calle á los mas recalcitrantes trasnochadores, y esto, no todos los dias.

Lo poco frecuente de sus visitas, no le sabía, á ella, á mieles; pero se mordía la lengua y tragaba saliva, pues una sola vez que quiso echar por medio, hubo un dos de Mayo en aquel zaquizamí, y amaneció la mesa patas arriba, la estantería por el suelo, una docena de botellas desboquilladas, y su persona con mas cardenales que la corte pontificia.





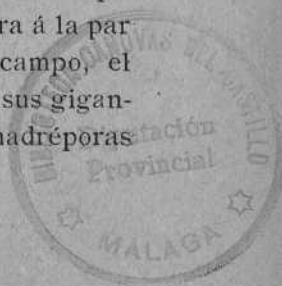
CAPÍTULO II.

—=—

El Domingo es día de holganza para los habitantes del barrio, obreros casi todos y para los cuales, este día simboliza un oasis en el desierto de sus cotidianas tareas.

La calle de la Magdalena está situada casi extramuros, y compuesta de casas á la malicia, de reciente edificacion.

Es la última línea divisoria entre la capital y la campiña, donde se respira á la par que las brisas salutíferas del campo, el denso humo, que arrojan, por sus gigantes válvulas, las modernas madreporas de la Industria.



Penetremos en una de estas casas; tras el dintel, veremos una antesala, limpia y reluciente como patena sin mas adornos que dos cromos de colores chillones, representando escenas de majos y frailes, dos sillas de Vitoria, una mesa de pino, sobre esta, dos copas de cristal y una garrafa sobre un plato.

Al frente, el patio, un reducido cuadrilátero donde está la cocina, dos hornillas bajo un sotechado, la orza de la legía y un gigantesco lebrillo de lavar.

Antes de llegar á esta puerta, están la sala de recibo y el dormitorio.

La primera, la sala de la Virgen, como quien dice la capilla del hogar del pobre, en la que no falta una cómoda sobre la que dentro de gigantesco fanal destácase una vírgen del Cármen, vestida de raso, agobiada por el peso de dos grandes rosarios y algunas sortijas que le sirven de pulseras; una mesa-consola, algunos sillones de rejilla, una estera de junco y cuatro grandes cuadros.

Frente á esta estancia está el dormitorio

con su gran cama de hierro, con perinolas doradas, enorme lavabo de nogal, una mesa de noche y una percha en la que se vé colgada, al lado de la pesada capa con vueltas de espumillon, la ligera blusa de mallorquin y el vestido negro de cachemira, con que Hermenegilda fué á la iglesia la noche de su casamiento.

Son las seis de la mañana. Lorenzo aun está en el lecho. Cuando se acostó la noche anterior, hizo propósitos de no levantarse hasta mediodia, para vengarse de las madrugadas anteriores; pero apenas dieron las cinco en el reloj de la cercana iglesia, desvelóse y no pudo pegar los ojos, ¡ya se vé! la costumbre. Hermenegilda, por el contrario, se levantó de un salto, arqueó los brazos sobre su cabeza para sugetarse el pelo en pesadísimo rodete, por medio de una orquilla de carey, y después de ponerse la bata, abrió la puerta de la habitacion.

Antes de seguir adelante, conviene que sepan mis lectores que Lorenzo era de la madera de que se fabrican los tontos y los santos; su figura no iba á ninguna parte,

como suele decirse; ni feo ni bonito, ni alto ni bajo, ni lerdo ni perspicaz, era simplemente un buen *machaca-hierro* y un marido, todo sonrisas y melosidades, incapaz de mirar á nadie con malos ojos.

Hermenegilda no recordaba haberle visto, ni una sola vez, perder aquella calma, aquel indiferentismo, que formaba su temperamento; nada ni nadie conseguía hacer vibrar sus nervios enmohecidos.

Ella era todo lo contrario, parecía hecha de dinamita á juzgar por sus explosiones de cólera; cuando se le subía la sangre á la cabeza, era un veneno, parecía presa de un ataque de hidrofóbia; no había término medio, ó matarla ó dejarla. Lorenzo optaba siempre por lo segundo, y dejaba pasar aquellos chubascos con una indiferencia rayana en estupidez.

Es mas, sin darse cuenta de ello, gustábale ver rota la monotonía de su vida por aquellas borrascas pasajeras.

Físicamente considerada Hermenegilda era una real moza; su rostro era agraciado sin ser correcto, sus ojos pequeños, su na-

riz ligeramente arremangada, sus labios encendidos, su cabellera negra con reflejos azules, formaba sobre su frente brillante diadema; pero lo que habia en ella de una hermosura extraordinaria, era su cuerpo; un cuerpo magnífico, de contornos incitantes, de curvas correctísimas y de voluptuosas morbideces.

La vida de Lorenzo y Hermenegilda deslizábase de un modo plácido.

El era un buen mecánico, ganaba un jornal decentito, suficiente á cubrir sus atenciones, bien modestas por cierto, tan modestas, que á pesar de la módica remuneracion de su trabajo, nunca le faltaba á Hermenegilda un fondo de ahorro en el fondo de la media, que hacía las veces de Caja de Caudales.

—Vamos, ¿te vas á levantar?—murmuró Hermenegilda abriendo los postigos, para que entrara la luz del sol, la cual riéndose de la impotencia de los cristales, penetró en brillantes reflejos haciendo cerrar fuertemente los ojos á Lorenzo.

—Si, ya voy—murmuró este,—oye se me

olvidó decírtelo anoche, hoy almuerza con nosotros el compadre.

—Qué apretones tienes tú con el compadre. Te tengo dicho que maldita la gracia que me hace que venga, y tú solamente por darme en la cabeza.....

—No, muger, no te irrites; es que anoche estuvimos en el café, jugamos el almuerzo, me tocó perder, y nada mas natural...

—Eso es, nada mas natural; gaste usted ahora lo que no habia ninguna necesidad, y métase V. en la cocina, á echar las bofes para llenarle la barriga á ese pérdis de Churrete.

—Mujer, no seas *asin*, es necesario vivir con todo el mundo; el compadre es una buena persona.

—Si, *mu* retebuena, te parece á tí que te pones dos galones con traerlo á tu casa. ¡Ya se ve! es un valiente ¡buenos valientes nos dé Dios!

Lorenzo se volvió hácia la pared y se lió la sábana á la cabeza, haciéndose el sordo como de costumbre.

Hermenegilda salió refunfuñando de la

sala y cogiendo el cántaro del agua fué á llenarlo al grifo.

—Tonto, retonto—murmuró con áspero acento—cuidado que está ciego con ese hombre, y eso que me duele la boca de decirle que no quiero, que no quiero que venga, y él, nada, así á la ovejita mansa, ha de hacer siempre su gusto. Luego dicen que las mujeres... ¡está claro! á la mas *honrá* le doy estos trances; ellos tienen la culpa, tienen ojos en la cara y no vén, ¡tonto!, si él supiera que su compadrito de su alma, anda siempre pillándole las vueltas para hartarse de decirme que se está muriendo por mi, no se apretaría tantísimo.

Y levantando dé un tiron el cántaro, se lo echó al cuadril, continuando su soliloquio á regañadientes.



III

—Buenos dias, comadre ¿y el compadre?

—Afeitándose; tardará poco, ¿si quiere V. esperarle?

—Vaya si le espero, cara bonita. *Ná* mas que por verla á V. soy yo capaz de esperar hasta la *consuncion* de los siglos.

—No empecemos, compadre, no empecemos, que maldita y retemaldita la gracia que me hace, que me diga V. esas cosas; no se tome V. alas conmigo.

—¡Alas! alones quisiera yo tener, para llevármela de un voletón á la gloria.

—¿*Pa* qué, *pa* qué iba V. á hacer eso?

—¿Que *pa* qué? *pa* morirme de gusto.

—Vamos, hombre, no sea V. embustero; á mi no me gustan esas habladurías y *alue-*

go que no está bien, que pretenda V. engañar al compadre de ese modo.

—¿Y qué me importa á mi el compadre ni *naide* en el mundo cuando se trata de su persona? Si le juro á V. por las *veritas* de mi alma, que estoy que no vivo; que tengo una pena que me está matando. Si cuando me la echo á V. á la cara, se me calientan los sesos y me dan *ajogos* y no sé lo que me pasa, comadre.

—*Josús* y cuanta lábia; pero hijo, ¿usted cuantas mujeres necesita? En medio año lleva V. cinco trapicheos: la Rosario, la Curra, la Paloma, la Salaita y la Cartagenera; pues ni que fuera V. un *surtan* del moro.

—*Toitas* esas juntas, no sirven *pá* descalzarla, y si V. se dejara llevar de la inclinacion; porque V. me tiene inclinacion comadre...

—Quién, yo? vaya hijo, V. no está bueno de la cabeza, ¿con que yo le quiero á V.?

—Yo no he dicho tanto, pero si lo hubiera dicho ¿qué? ¿sería un *farzo* testimonio?

—Pues no es *mu fantesioso* el demonio del hombre.

—Si, si es mentira; lo que pasa comadre, es que V. me quiere y no me quiere querer, como si fuera una cosa tan mala, tener *caridá* con el prógimo y más si el prógimo es un caballero capaz de comerse la lengua antes de comprometer á la *gachí* que *camela*.

—¿Se quiere V. callar? Si no cierra V. el pico, lo planto en la calle.

—Bueno, callaré. Déme V. un áscua *pá* encender este cigarro.

—¿No tiene V. mistos?

—Sí tengo pero quiero que me dé usted candela.

—Si es antojo, tome V.

—Ay! que manos; parecen amasaitas con nieve y con clavellinas.

—Acabe V.

—Ya acabo, tirana de mi persona. Deje V. que voy á besar las tenazas por el sitio que V., las cogió.

—Mire V. que no me gusta que *naide* se propase conmigo.

—¿Propasarme con V.? En todo caso sería con las tenazas.

En aquel instante apareció Lorenzo en la puerta, con la cara cubierta á trechos por el polvo, con que el barbero ocultó los sangrientos surcos que dejara en ella la navaja.

Después de estrecharse fuertemente las manos, sentáronse los compadres en la puerta á esperar la hora del almuerzo, interin la comadre, con el rostro como una amapola y los ojos brillantes, arrancaba soplando, torrentes de chispas á la hornilla.

Los compadres mataron el rato de espera charlando; el uno de hombradas, de valentías, del Sardinita, de la Cartagenera, de la última vez que estuvo en *chirona*; y el otro de los talleres, del maestro, del dedo que se despanzurró de un martillazo, de la chaqueta que se había comprado recientemente, y de otras mil nimiedades por el estilo.

Ya estaba casi agotado el tema, cuando

por la encajada puerta, asomó la cabeza de Hermenegilda que dijo secamente:

—Vamos, el almuerzo está en la mesa y se enfría.

—Santa palabra—murmuró Lorenzo levantándose, con el rostro risueño, interin Churrete miraba de reojos con calenturienta avaricia, el cuerpo de la buena moza.





IV.

Cuando Sardinita se vió burlado por la Cartagenera y por Churrete, sintió infinito desconsuelo.

El, quería á aquella mujer como no quizo á ninguna; no encontró en ella el hastío tras el placer, y fué arraigándose en él tanto este cariño, que sentía sus raíces en lo mas hondo de sus entrañas. Desde que la conoció, varió por completo de método de vida; apenas si frecuentaba los garitos, nunca se emborrachaba, no tiraba el jornal, y su mayor goce consistía en gastarse sus ahorros en comprarle cualquier fineza á aquella mujer, que consiguió entronizarse en su alma.

Esto fué su perdicion; á la Cartagenera

le sucedía lo que á casi todas las mujeres de su calaña; necesitaba un método de vida apropiado á su temperamento y á su educacion cínica y brutal. Nacida para vivir entre tempestades, le daba hastío la tranquilidad de un dia sereno; acostumbrada á besar la mano que la golpeaba, repugnábale hacer lo mismo, con la que solo tenía para ella dulces caricias, y á la primera coyuntura feliz, hizo lo que podía esperarse: salió de aquella tranquila ensenada, buscando los borrascosos amores de Churrete.

Sardinita, aquel hombre tan grande, lloró de rabia, de pena, de celos, y pensó morirse de angustia el primer dia en que vió solitario y triste el nido de sus amores.

Hubiera dado de puñaladas á Churrete, pero sentía hondo terror ante aquel hombre; había este adquirido sobre él, inmensa supremacía y tascaba, tascaba, el freno sin lograr quebrantarlo.

Mil planes de venganza volteaban en su cerebro, y mil veces, al pasar cerca de Churrete, sintió vehementísimos impulsos de hundir en el cuerpo su cuchillo tantas

veces, como lágrimas había derramado.

Desde que la Cartagenera quedó establecida en la calle del Cristo, consolábase algo nuestro hombre viéndola algunas veces al pasar. El primer día que se atrevió á desfilár ante la taberna, cerró los ojos; al segundo los abrió lo mas que pudo y al tercero, (ni aunque hubiera sido de granito su voluntad,) cedió y quedóse mirándola trémulo y emocionado.

Ella le volvió las espaldas, riendo descaradamente.

El mordiéndose los labios hasta hacerse sangre, se prometió no pasar mas por allí; peso al día siguiente vuelta á las andadas, parecíale que para ir á cualquier lado, era preciso pasar por la calle del Cristo.

Muchas fueron las veces que sintió grandes tentaciones de penetrar en la taberna con el pretexto de tomar unas copas; pero al llegar á la puerta, siempre flaqueábanle las piernas y se le empañaba la vista.

Cuando llegó á sus oídos el alejamiento de Churrete, se le alegró el corazón y se dió

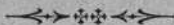
á pensar en el medio de terminar las relaciones de éste con la Cartagenera.

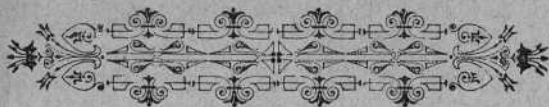
Siguió los pasos á Churrete; investigó los menores detalles de su vida, y no tardó mucho, en enterarse de sus pretensiones con la Hermenegilda.

Pensó ir á decírselo á la Cartagenera, decírselo con objeto de que rabiara un poco.

Ella no se lo vá á contar á Churrete,—pensó—y si se lo cuenta, si lo se cuenta, allá veremos que pasa.

Aquella noche fué mas reposado su sueño y soñó que la Cartagenera, aquella pobre oveja descarriada, volvía al redil de sus brazos, arrepentida de sus pasados devaneos.





V.

El escenario no podía ser mas brillante; á un lado el mar inmóvil, dejando en su casi imperceptible flujo y reflujo, cristalinos regueros de espumas sobre la arena; y rompiendo la inmensa monotonía de sus sábanas azules, algunas barcas pescadoras, al aire la blanca lona de sus velas, hinchadas por la brisa.

Al otro lado el arroyo, seco á la sazón; y á derecha é izquierda de éste, montes rematados por caprichosas diademas de rocas, y tapizados por romeros y tomillares, esos verdes incensarios de la montaña.

El sol, en mitad de su carrera, inundaba de luz el cielo, resplandeciente dosel de zafir de la engalanada campiña.

Era esa hora en que todo se adormece en el campo, en que duermen la siesta, las aves y los insectos. Las auras marinas refrigeraban el seco ambiente carnicular, agitando las ramas de los árboles que, agobiadas de calor y de polvo, inclinaban al suelo su ramaje.

En el fondo de una cañada, estaban Hermenegilda, Churrete y Lorenzo.

Fueron á celebrar el día del santo de la primera, y en el momento en que los presento á mis lectores acababan de llegar.

Colocaron al pié de un árbol el cesto rebosando fiambre, la bota repleta de vino, y la guitarra que Churrete llevó para lucir sus habilidades.

La comadre *tiraba de espalda*, por lo fresca y hermosota; una traicionera bata de percal rameado, cubría su cuerpo, y la califico de traicionera, porque aunque Hermenegilda se la puso para cubrir desnudeces, el pícaro vestido ceñíase de tal modo, que no había en su cuerpo curva, que no delatara. El pañuelo, color granate, que colocó á su cabeza al salir, tenía lo arrollado

al cuello, no sé si por comodidad ó por lucir la reluciente crencha de palisandro y la rosa, ya algo mustia, que prendió en ella. Su busto estaba envuelto en rico manton de Manila. Este manton era regalo de Churrete; este presente hecho en el día de su santo, no tenía nada de particular, era muy garboso el compadre y sabía gastarse el dinero que ganaba honradamente á costa de su grandeza de corazon.

Cuando se lo llevó aquella mañana, ella no quiso aceptarlo, pero fué tanta la tenacidad de Churrete, que la dijo Lorenzo:

—Vaya mujer, tómallo, no vés que tiene *mu* dura la mollera y cuando se le pone una cosa sobre el corazon, no hay mas que darle gusto.

No tuvo mas remedio que aceptarlo y cuando se miró y remiró al espejo, envuelta en él, sintió como se le reia el corazon de júbilo. ¡Valiente manton! ¡y que no lucía mucho en su persona!

Ya acomodados en el sitio elegido:

—¡Valiente canina tengo!—dijo Lorenzo.

—¡*Josús* y quién eres!

—Déjelo V. comadre, que á Dios gracias, lo que sobra es *gandaya*.

—Pero si no hace diez minutos que hemos llegado.

—No importa, vamos á poner la mesa.

—No piensas más que en comer—refunfuñó Hermenegilda sacando los manteles.

Diez minutos despues, arreglábase cada cual á su gusto, dándole que hacer á las quijadas y desocupando la bota.

Churrete tuvo para su comadre esas galantes atenciones que se tienen con la mujer que se ambiciona.

Lorenzo por el contrario, pues hasta para comer era formalote, durante media hora no dijo esta boca es mia, por no perder bocádo, y por no dejar de hacer gorgoritos, mirando al cielo, con la bota empuñada.

—No bebas mas, hombre, que vas á dar un *redentío*.

—Déjelo V., el vino entona pero no emborracha.

Hermenegilda no había dejado de entonarse un poco y le chispeaban los ojos.

Cuando terminaron y ella hubo recogido los restos de la merienda, dijo:

—Ahora es menester que cante V., compadre.

—Pues, ya lo creo, y V. también va á cantar, *pa* que á los jilgueritos se le pongan las crestas mas coloraitas de envidia.

Y diciendo esto cogió la guitarra ¡y vaya unas manos de oro! cada uno de sus dedos parecía una caja de música.

—Venga de ahí, *azuquita* y canela por esa boca, comadre.

Esta no se hizo rogar, echó la cabeza atrás y cantó con voz argentina y con el estilo mas neto de la tierra:

¡Ay! tengo mi corazon
con mi pensamiento en guerra,
manda el uno que te ame,
y el otro que te aborrezca.

—¡Olé, bendita sea tu boca!—gritó Churrete, estremecido de deseos y mirándola con sensual avaricia.

La comadre caldeada por el vino, por el sol y por el regalo, respondió á aquella mirada con otra traicionera y chispeante.

Lorenzo habíase tendido, panza arriba, con el sombrero sobre los ojos, para resguardarse del sol, y amodorrado por el esceso de comida y de vino, quedó á poco hecho un leño á los piés de un árbol.

—Vaya, compadre, á V. le toca.

Churrete cantó, como él sabía hacerlo:

Lo que no te diera *uaide*
diera yo por tí, serrana,
hasta las santas cenizas
de mi *mare* de mi alma.

Hermenegilda cantó conmovida:

El hombre que quiere bien,
lo mismo que el peregrino,
debe tener mas constancia
mientras mas dure el camino.

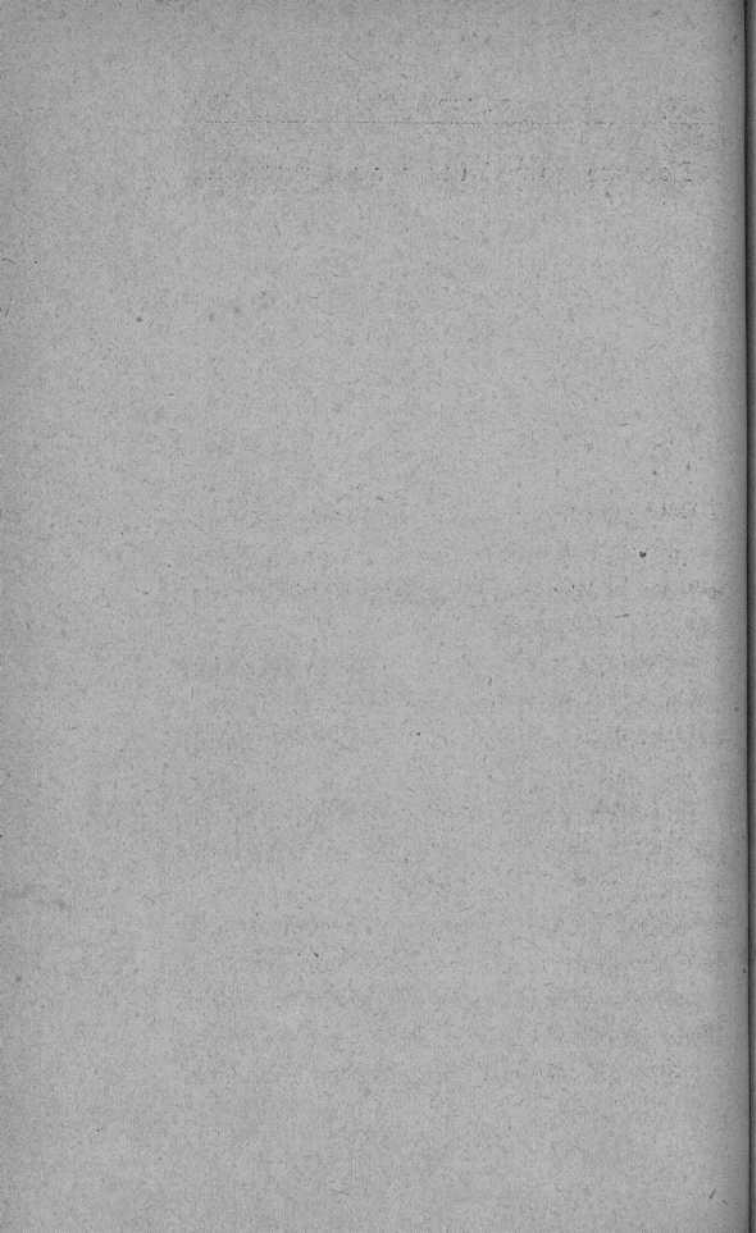
Acabada la copla, los ojos de los dos, entablaron no sé que misteriosos diálogos de luz, mientras Lorenzo roncaba como un bendito.

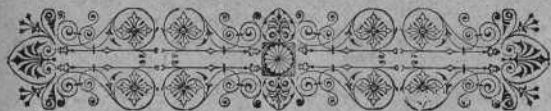
Algunas horas después, cuando el campo empezaba á llenarse de penumbras y las crestas de los montes perdían sus áridos contornos en las sombras, se dirigieron los tres á la capital.

Lorenzo no podía trazar una recta en su camino; su rostro tenía esa espresion peculiar de los borrachos y los idiotas.

Delante iba Hermenegilda preocupada, mirando de soslayo á Churrete, que avanzaba contoneándose, y con la cara radiante de alegría. ¡No era para ménos!, tenía muchas esperanzas de vencer la virtud de la comadre. Era mucho manton aquel que la había regalado!







VI.

Preocupada estaba la Cartagenera, y cuando vió entrar á Sardinita, no pudo ménos que sorprenderse; pero hizo un esfuerzo y sonrió con ironía.

Sardinita sentóse en un ángulo del zaquizamí, delante de una mesa desvencijada, y que al menor contacto perdía el equilibrio.

Su rostro estaba algo contraído y en vano quería aparentar una serenidad que no tenía.

—¿Qué va V. á tomar, mozo bueno?—dijo la Cartagenera, acercándose con lentitud.

—Pues, una *miagita* del legítimo Montillano en dos copas, una *pá* V. y otra *pá* mí.

—*Pá* que se va V. á meter en esas hon-

duras; beba V. solito; ¡yo no quiero beber porque el vino me *inrrita*.

—Bien, si tiene V. miedo, beberé yo solo.

—¡Miedo yo! ¡*Josús!* pues ni que fuera V. el *Sacamantecas*. Vaya, hombre, que me ha hecho V. gracia; voy por la botella y las dos copas *pa* que bebamos hasta que San Juan baje el *deo*.

Despues de decir esto, colocó sobre la mesa una botella y dos vasos, y sentóse frente á Sardina.

Aquellos dos séres que se habíanquerido, que habían disfrutado un tiempo, aunque breve, la íntima vida conyugal, se miraron con aparente indiferencia; pero un observador hubiera notado en la mirada de él, esa luz sombría que flota en los ojos del hombre celoso.

Ella parecía mas serena, mas indiferente; pero allá, en las interioridades de su pecho, no dejaba de sentir insólitas inquietudes.

Sardinita llenó las dos copas hasta que rebosó el vino por sus bordes.

—Vaya, tome V. y beba á la salud de Churrete.

—Por *naita* mejor y que mas gusto me dé—dijo apurando la copa la Cartagenera.

—Ahora me toca á mi—dijo Sardinita—V. ha *brindao* por el hombre que mas quiere; yo voy á brindar porque no siga siendo plato de segunda mesa, la *gachí* que mas he *querío*.

—Y se *puée* saber quién es esa *gachí* á la que V. tanto ha *querío*?—dijo la Cartagenera arrugando el ceño.

—*Pá* que vamos á mentarla? A las mujeres *desgraciaitas* se les tiene lástima y *ná* mas.

—¡Vaya por Dios! hombre, y que compasivo está V. hoy; pero me dá el corazon que esa mujer no es tan *desgraciaila* como V. piensa.

—*Puée* ser; desperdicios á gusto, saben á gloria.

Una oleada de sangre puso rojas las mejillas á la Cartagenera, la que, llenando á su vez los vasos, dijo con acento incisivo:

—Está bien, ahora voy yo á brindar por los hombres embusteros y sin *lacha*.

Sardinita se mordió los labios, clavóse

con disimulo las uñas en la cabeza y murmuró:

—De esos hombres hay muchos, lo *mesmito* que hay muchas mujeres, que porque le llenen la barriga, son capaces de aguantar carros y carretones.

A ella le chispearon los ojos de rabia y aferrándose convulsa á los bordes de la mesa y colocando su rostro lívido de coraje, á dos dedos de el de Sardinita, dijo con voz temblorosa:

—¿Eso vá por mí?

—Quite V. allá, criatura; yo respeto mucho á las emperatrices. Eso vá por la *gachí* á quien yo he *querío* tanto.

—¿De veras?

—Tan de veras.

—¿Y qué es lo que le pasa á esa mujer?

—Pues *ná*, que un día se fué de mi *lao*, porque le daba vergüenza de estar con una persona decente, y se lió con un *presonaje*, y este *presonaje*, *asin* que se ha *desengañao*, la ha *metío* en una ermita *pá* que haga penitencia, y él está en *apaño* con una comadre suya que es una diosa, y á la que

la ha *regalao* un manton que vale un imperio.

—Eso es mentira—dijo la Cartagenera tartamudeando de rabia.

—*Puée* ser, ¿pero á que vienen esos *jashares*? Allá se apañen ellos, tome V. un *cristalito*.

—Yo no bebo mas con un *pérdís* como V.

—Bueno, Dios se lo pague, otra vez me dará V. otra cosa—dijo Sardinita al levantarse, y sacando medio duro lo echó sobre la mesa.

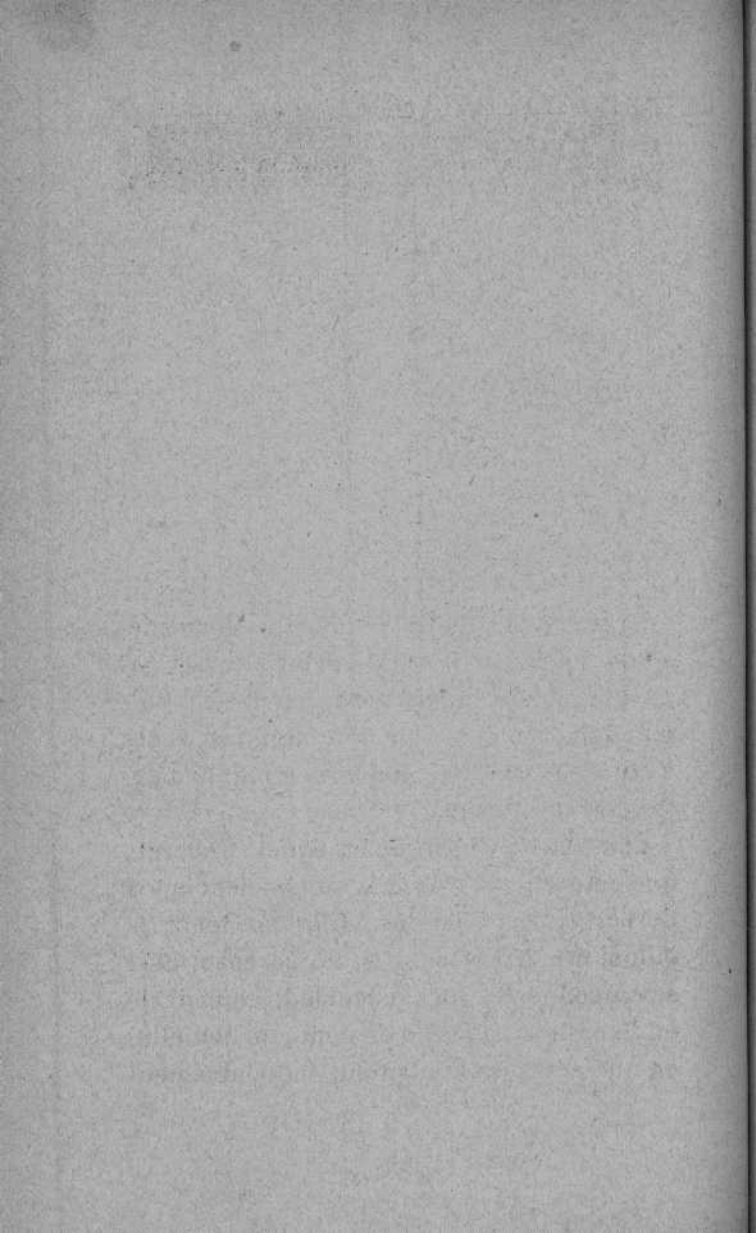
—Vaya, adios archiduquesa — dijo con ironía,— cóbrese y la vuelta guárdela V. *pátila*.

Al decir esto salió rápidamente. Cuando la Cartagenera, hecha un veneno, asomóse al zaguan, doblaba él la esquina.

Temblorosa y sombría situóse de nuevo detrás del mostrador, murmurando con acento ronco:

—Si es verdad lo que ese charran me ha dicho, que se ponga la comadre bien con Dios.







VII.

Eran las nueve de la mañana. Hermenegilda, puesta de trapillo, andaba de acá para allá, colocando las cosas en órden, limpiándolo todo, no sin que algunas veces quedara pensativa y hablara á regañadientes consigo misma.

Pensaba en Churrete, en aquel Churrete que empezaba á manchar su conciencia y á despertar sus sentidos. Ella no tenía la culpa; era de Lorenzo, sí, de Lorenzo. Este se empeñó, con loca tenacidad, en meterlo en la casa, en ponerlo en contacto con ella, en que aceptara el manton; indudablemen-

te si Lorenzo era un santo, la santidad es á veces el primer peldaño del idiotismo.

Cuando mas abstraída estaba, la Cartagenera asomó en el dintel de la casa.

Venía esta, envuelto el busto en amplísimo manton blanco, de mallas, con un pañuelo de seda celeste en forma de *viscera* sobre la frente, y con un vestido de percal encarnado.

—¿Dá V. su *premisó*, señora?—preguntó desde la puerta.

Hermenegilda abrió mucho los ojos y palideció densamente.

—Que si dá V. *premisó*, ¿ó *sá* menester una solicitud en papel *sellao*, *pá* *entrá* en esta casa?

—Pase V., hija, como *rempujó* V. tanto la puerta *pá* entrar, pensé que era V. un terremoto.

—¿De veras?

—¡Vaya!

—Pues bueno; ¿V. me conoce á mi?

—No señora, *ná* mas que *pá* servirla; ya se vé! como yo no me trato con señoronas.

—¿Sabe V. que me vá gustando su retintin?

—¿Si, hija? Cuanto me alegro, y ¿qué es lo que V. quería?

—Yo venia á hablar con V. cuatro palabras.

—Comience V.

—Pues, yo venía, señora, á decirle que es una lástima lo que está V. haciendo.

—¿Y qué es lo que yo estoy haciendo?

—Una mala cosa. Churrete es mi *marío*, V. lo está engriendo, y se me ha puesto sobre el corazon, que eso se acabe.

Hermenegilda se puso roja de cólera y con voz trémula murmuró:

—¿Sabe V. bien lo que dice? No sabe usted que *pá* nombrarme á mi, hay que enjuagarse la boca con agua de jazmines? ¿Que yo estoy engriendo á Churrete? No sé cómo no la cojo á V. y bailo un *sapateo* sobre su persona.

—No se ponga V. tan *alta de pelo*, que lo que yo he dicho ha *sío* la *fija*, y las verdades son las que amargan y eso del *sapa-*

teao me parece *grilla*, que al venir aquí, no me *dejao* en casa las manos, y si V. no es manca, tampoco lo soy yo ¡princesa!

Nunca le hubiera caído en mientes, á la Cartagenera, ir á *gallear* con la Hermenegilda. Era esta el mismísimo demonio cuando se le subía la sangre al último piso. Así fué que, sin escuchar una palabra más y no encontrando frase suficientemente infamante, con que ultrajar á la Cartagenera, arrojóse sobre esta y no fué chica paliza la que se propinaron en aquella reducida antesala.

Cuando salió la Cartagenera, arañado el rostro y con el cuerpo caliente, Hermenegilda, no ménos mal parada, se echó á llorar como una Magdalena, mas que por lo dolcrida que la dejó aquella batalla campal, por los ultrajes que la habían inferido.

Cuando mas engolfada estaba en su dolor, apareció Churrete en la puerta.

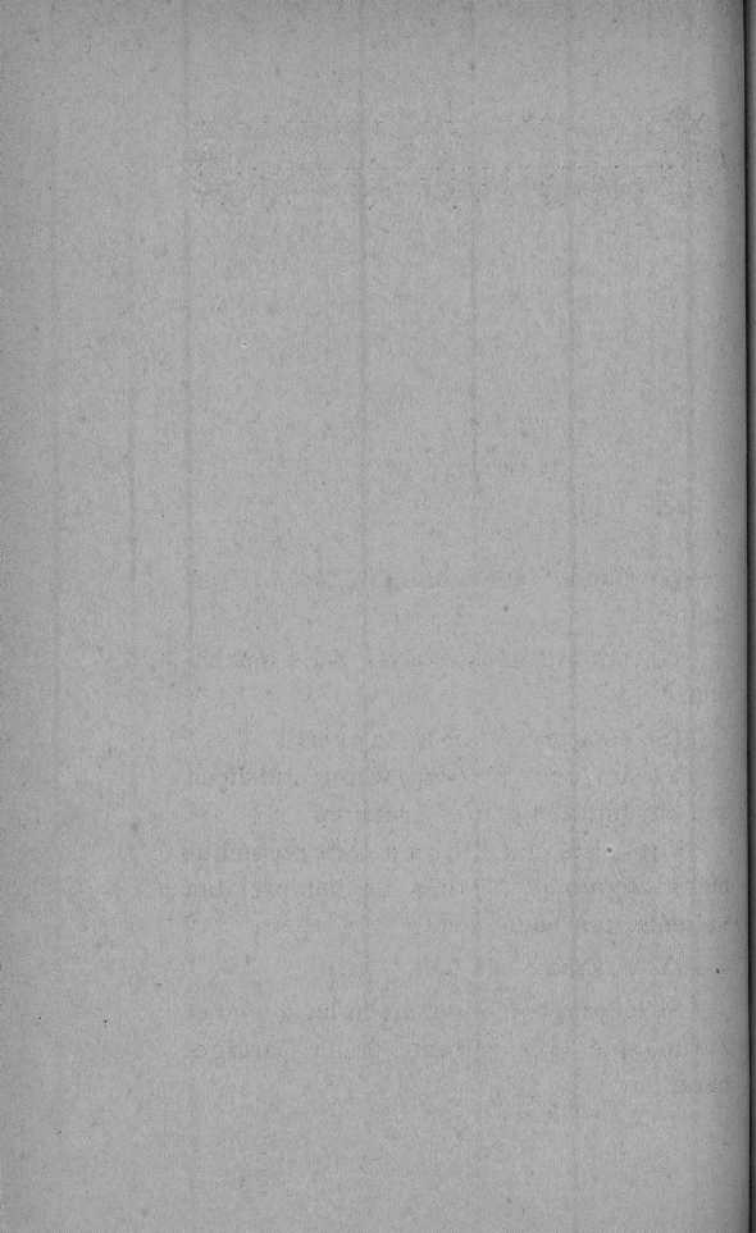
—¿Qué le pasa á V. comadre?— murmuró sorprendido.

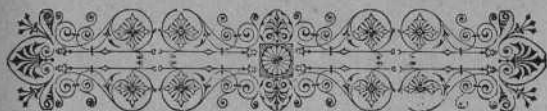
—Nada, *naita*,—dijo colérica y llorosa,—que la Cartagenera, esa mala mujer, acaba

de salir de aquí, que me ha puesto como un guiñapo, que me ha dicho que lo estoy á V. engriendo....

Churrete no escuchó más y salió de la casa como despedido por una catapulta.







VIII.

—¿A dónde tan temprano, *señá* Frasquita?

—A comprar unas cosillas *pá* la muchacha.

—¿Se enteraría V. de lo de ayer?

—Ya lo creo, ¡*probetico* Churrete! dicen que Sardinita lo mató á traicion.

—Pues está claro; cara á cara no se hubiera *aterminao*, ¡lástima de hombre! tan valiente, tan buen mozo!

—¿Y V. sabe cómo fué?

—Si señora, como que me lo ha *contao* el Zurdo, que vive enfrente de la Cartagenera.

—¿Y qué? Dicen que Churrete estaba de espaldas.

—Verá V.: Sardinita estaba en la taberna cuando entró Churrete. Este iba *abroncao* por no sé qué mala *chaná* que le habían hecho, y parece que hubo de tomarse de palabras con ella. Sardinita estaba en un rincon y Churrete no se apercibió de su presencia. Este, al ver que la otra le respondía de mala manera, como tenía tan malas pulgas parece que le atizó dos *guantazos*.

—Y entonces.....

—Entonces, Sardinita, se fué hácia él y le dió una puñalada por la espalda.

—¿Y murió *enseguía*?

—Como que no dijo Jesús.

—¿Y Sardinita?

—Le entró un pasmo de miedo y se dejó cojer como una oveja.

—¡*Probetico* Churrete, tan buena persona y tan macareno como era!

—Si que lo era; esta tarde lo echan á la tierra. Mi Juanico lo vió en el Campo-santo, y dice que los médicos han hecho con él

una *judiada*, que lo han abierto de par en par.

—¿Y ha *dejao* algun dinero?

—¡Dinero! ¡qué había de dejar! pues si su compadre ha *tenío* que malbaratar un manton de Manila, que el muerto había *regalao* á su mujer, *pá* pagarle un entierro medio decente.

—Y es verdad lo que dicen por ahí, que Churrete y la Hermenegilda...?

—Vaya V. á averiguarlo; yo no metería la mano en fuego, ni quiero tener mala lengua, pero Churrete era *mú largo* y no se iba á gastar de *lila* cincuenta duros en un manton *pá* ella.

—Lo mismo pienso yo, ¡lástima de Lorenzo! es un santo.

—Déjeme V. á mi de santos en este siglo, ó ese hombre es *mú* tonto ó hacía la vista gorda. Por allí viene.

En aquel instante guardaron silencio aquellas dos buenas personas, al ver á Lorenzo asomar por la esquina.

Venía este con la cabeza baja, agobiado de dolor; iba á enterrar al pobre Churrete,

á aquel famoso prohombre, á quien la ingrata historia no ha reservado una página en su libro de oro, ni la posteridad ha levantado un monumento para eternizar su memoria.



IIIIO





INDICE



CAPÍTULO I.

¿Porqué la apellidaron la *Pelona*? En vano lo pregunté á las mas caracterizadas comadres del barrio, crónicas vivientes con hilvanes de novelistas y respuntes de mal intencionadas, segun decia un buen amigo mio, que murió de un hartazgo de resignacion, de talento y de mala suerte. En vano, repito, pretendi sondear las nebulosidades de aquel apodo, adjudicado por no sé quién, á la mujer de mas *postin* y con mejor mata de pelo de los Percheles.

Era la *Pelona* mujer de gran mérito, su

rostro era oval, sus facciones delicadas, su tez finísima, ligeramente morena, sus ojos negros, preñados de lujuriosas tempestades de luz, sus labios gruesos y su cuerpo esbelto y lleno de lúbricas morbideces.

No existía mozo en el barrio, que al hablar de ella, no abriera los ojos con expresión de avaricia, no se mordiera los labios, y que no paladeara algo dulce y ardiente en su pensamiento.

Muchos la hicieron la corte; pero ella, sin miramiento alguno, dió con la ventana en las narices á todos aquellos *térnes* enamorados, los cuales, por vengarse de sus derrotas, dieron en decir que aquella mujer era de este y del otro modo, y que, por lo mismo, no había hombre que le gustara; version que nada tiene de sorprendente en estos tiempos en que, si nó se puede llenar de fango á la escultura, se dice que la escultura es de fango.

Entre estos maldicientes se distinguió Lázaro, el famoso Lázaro, el mas célebre valenton de la Goleta, un buen mozo, con mas rumbo que dinero, con mas *lábia* que

un saca-muelas y el niño mimado de las mujeres de mas *trapío*.

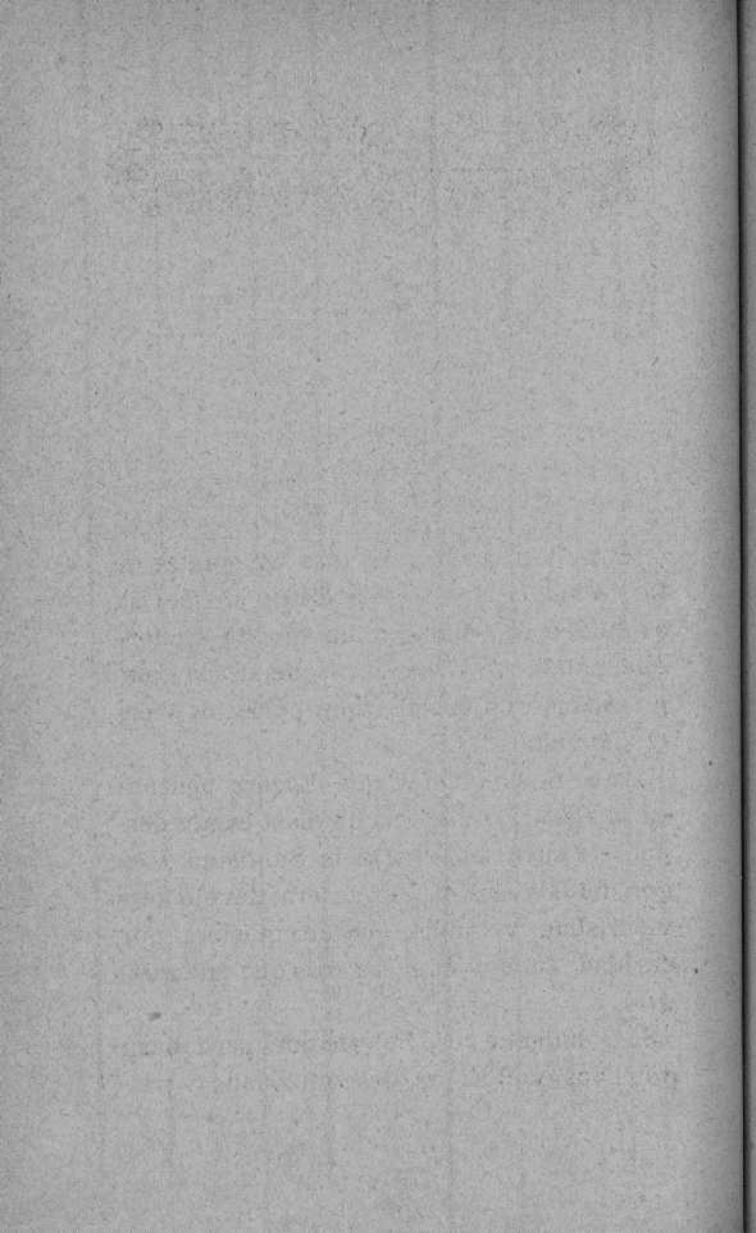
Se le puso un día sobre el corazón que le había de querer la *Pelona*, y confiado en su renombre y en sus méritos, se arrimó á ella mandándole, casi, que le quisiera y por poco muere congestionado de [asombro al oirla decir que se largara con la música á otra parte, que ella no se había amamantado para hombre tan *fachendoso*.

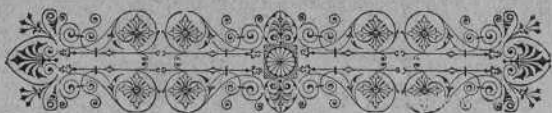
Ahito de rabia y despecho, se dedicó desde aquella noche á echar por tierra la reputacion de la muchacha.

—Esa *gachí* no puede querer á *naide*, es *mú* amiga de la Angeles, ¡ya se vé! los hombres le apestan.

Todos estos *decires* de aquel mal hombre, llegaron á oídos de la *Pelona*, que comía de sus carnes al pensar en aquellas malas *partías*.

—¡Malas *puñalaitas* le peguen á ese ladrón, cunero, hijo de mala *mare*!—decía pálida de rábía, y en sus grandes paroxismos lloraba, lloraba, como si el corazón se le deshiciera en lágrimas.





II.

Entre los enamorados mas constantes de la *Pelona*, el que más se distinguió por su asiduidad fué Manolin; un mocito enclenque, paliducho y simpático que, desde tiempo inmemorial, andaba que bebía los vientos por ella.

Este, mucho antes que Lázaro pensara en la *Pelona*, se acercó un día á esta, y después de encomendarse á la Santísima Virgen del Cármén, de la que era devoto fervientísimo, le pidió que le quisiera por caridad, aunque no fuera más que una *mia-gita*.

Ella hubo de responderle que perdonara por Dios, y él se fué descorazonado y tris-

te, parpadeando fuertemente al sentir humedecidos los ojos.

No por esto, dejó de pasar por su casa un solo día, ni de colocar en su ventana todos los domingos un ramo de flores, evitando ser visto, para que no le fuera rechazado.

Cuando se enteró de la derrota de Lázarro, se le rió el alma de gozo y cuando le contaron lo que aquel hombre murmuraba de la mujer querida, juró y perjuró que á la primera ocasion, había de pagárselas todas juntas.

Esta ocasion no se hizo esperar mucho; estaba un día en la taberna del *Maragato* jugando al dómino con un compañero de fragua, cuando entró Lázarro, seguido de tres colegas de *jolgorios* y valentías.

Sentáronse frente á la mesa que ocupaban los primeros y después de apurar algunas botellas, Lázarro, que conocía á Manolin y sabía su amor fanático por la *Pelonna*, quiso hacerle sufrir un poco, y habló de ella como siempre que lo hacía, desde que fué desahuciado.

Manolin, á la primera palabra insultante se puso pálido, á la segunda se mordió los labios, y á la tercera, demudado el rostro, la mirada centelleante y temblando de cólera, se levantó con lentitud, y encarándose con Lázaro, le dijo con voz trémula:

—Los hombres que los son y se estiman en algo, respetan á las mujeres.

—¿Y á V. quién le aconseja meterse en camisa de once varas? Yo hablo de esa mujer lo que quiero; esa mujer es un guiñapo.

—*Ná* mas que *pá mentarla*, tiene V. que confesar y comulgar y vestirse de limpio.

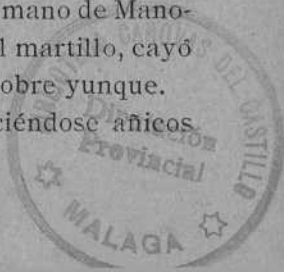
—¿De veras? Dígale V. á quien le haya dicho eso, que es mentira, que con *mentarla* yo, le pongo dos galones.

—Tiene V. *poca ropa pá* eso.

—Yo tengo ropa hasta *pá* que le vayan haciendo á V. la mortaja.

Y se levantó Lázaro violentamente al decir esto y al levantarse, una mano de Manolin encallecida con el uso del martillo, cayó sobre su rostro como maza sobre yunque.

Y rodaron las mesas, haciéndose añicos.



copas y botellas, las sillas fueron volteadas por brazos hercúleos, se encharcó el suelo con el vino, gritó la tabernera, y su esposo hecho un demonio, se *lió* á cachetes con unos y con otros, gritando que iban á buscarle una ruina con aquella trapisonda.

Cuando el tabernero y los amigos consiguieron poner paz, se vió á Lázaro, á aquel célebre valenton, honra y prez de los del *bronce*, hecho una lástima, con el rostro amoratado, colgándole la faja, con los labios llenos de sangre y con un ojo inservible por algun tiempo.

Manolin, con cara de muerto, tembloroso como un epiléptico y afanosa la respiracion, tiró á un lado la enorme faca que arrancó de las manos de su contrario, y murmuró con voz ronca:

—Si vuelves á mentar á esa mujer, ni *pá* bueno ni *pá* malo, ponte bien con Dios.

Lázaro derrengado y mal trecho, dijo casi mascando las frases para que no las oyeran mas que sus amigos:

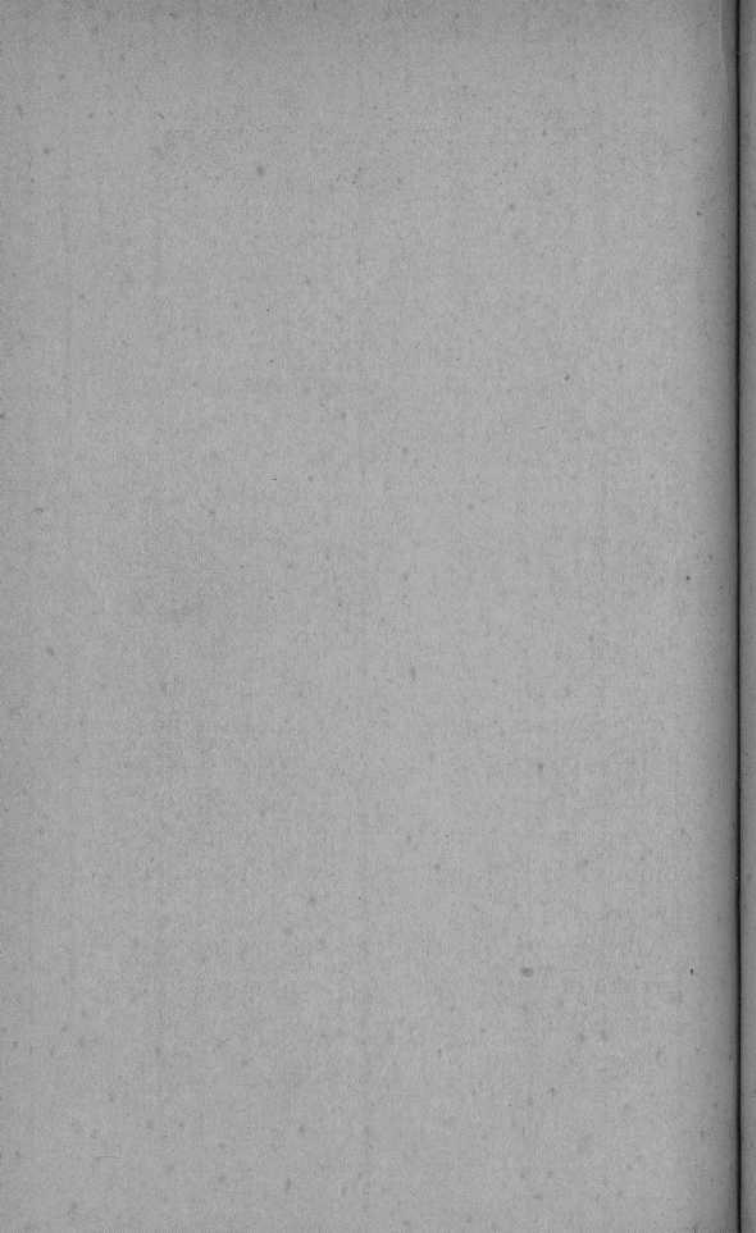
—Ya nos veremos solitos.

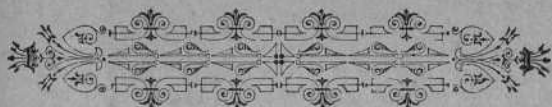
Cuando esta hazaña llegó á oídos de la

Pelona, pensó morir de gusto, y desde aquel día, cada vez que pasaba Manolín por su casa, asomábase recatadamente á la reja, para ver á aquel héroe, que supo vengarla de las *habladurías* de Lázaro.

Desde entonces no pasaba tantas veces Manolo por su casa, dábale vergüenza, podría creer la *Pelona* que él habíale pegado á Lázaro, por granjearse su cariño, y aunque esto era la verdad, él no quería que lo creyera así.







III.

En un santiamén se improvisó la fiesta, y llenóse el patio de bancos y de sillas. La noche era fresca, perfumada, luminosa.

La luna vertía sus tibias oleadas de luz sobre las viejas paredes vestidas de yedra y de jazmines, y la brisa cimbreaaba la flotante cabellera de un nogal, pobre desterrado de los valles, que moría de consunción en un extremo del patio, apoyándose como viejo decrepito, en los bordes del muro.

Allí se reunió todo cuanto de mérito encerraba el barrio por aquel entonces; allí estaban la *Soledá*, la fea mas ocurrente de los contornos; la *Golondrina*, la mas

graciosa jarampera que admiraron los siglos; la *Florera*, la reina del jolé!; la *Manuela*, una gitana célebre por su hermosura y por sus ojos de odalisca, unos ojos que metían miedo por lo negros y por lo grandes que eran; la *Alondra*, la constante enamorada de Manolin, un portento que hacía llorar á las piedras, cuando á compás de una guitarra, abría la boca y dejaba salir por ella una granizada de notas dulces y armónicas como cantos de pájaros.

Allí estaba también la *Pelona*, con el abundoso pelo de ébano recogido en brillante rodete, con un corpiño blanco descotado, luciendo la mórbida garganta, ceñida por una cinta de felpa negra, y el principio del alto seno: su vestido, blanco también, después de señalar sus contornos exuberantes y magníficos, caía en anchos pliegues sobre sus microscópicos piés de andaluza.

Las muchachas formaban círculo desigual, y tras ellas, en pié, la espuma de los mocitos del barrio, todos cortados por un mismo patrón, envejecidos por el vicio,

amanerados por la chulería, contoneándose con ridícula jactancia; y allí mismo, entre ellos, algun que otro viejo, representacion genuina de la manolería de antaños, sério, grave, ceñudo, filosofando, sin duda, sobre la visible decadencia de su raza.

En el centro estaban los *tocaos*. Eran estos dos eminencias, dos glorias del Perchel, dos pontífices de *jolgorios* y *franca-chelas*; uno gitano, viejo, corcobado, reputábasele campeón del estilo clásico, del rasgueado sin pamplinas ni floreos, él despreciaba las musiquitas modernas de valses y danzas y contradanzas, que tan admirablemente punteaba su compañero, viejo como él, pero chiquito, pulcro y simpático.

A dos pasos de la *Pelona*, estaba Manolo, sin atreverse á mirarla ni á colocarse mas cerca de ella.

La *Pelona* mirábale de cuando en cuando, con objeto de alentarlo. Tenía muchas ganas de hablar con él, de darle las gracias por su conducta, y no podía menos de morderse los lábios con ira, al ver su actitud timorata que ella juzgó indiferente:

—Si no me querrá ya?—pensó, y este pensamiento la hizo arrugar el ceño.

Comenzaron los maestros á rasguear las guitarras, y los concurrentes á palmotear de un modo automático y acompasado.

—¡Que cante la *Alondra*! ¡que cante!—gritó la concurrencia.

Ya he dicho que esta era la constante enamorada de Manolin, cosa notoria en el barrio. En aquel momento sus ojos estaban fijos en Manolo, con dulce espresion de cariño y de celos, y como buscando alivio á sus angustias, echó la cabeza hácia atrás, y un gemido dulcísimo, preñado de lágrimas, lleno de gradaciones y rítmos sonoros, fué el preludio de su canto

Todos guardaron silencio; las cuerdas de las guitarras sonaron suaves, como temerosas de romper con una vibracion enérgica, aquel gemido que temblaba en el espacio como hilo finísimo de cristal.

Todos permanecieron mudos, suspensos, paladeando en sus interioridades aquel torrente de armonía, ora quejumbrosa y triste como un sollozo, ora enérgica y vibran-

te, como una imprecación, ora vaga y sentida como un reproche.

El rostro de la *Alondra* se afeaba cantando, sus labios contraídos, dejaban ver sus dientes desiguales y oscuros, sus anchos cartílagos nasales titilaban nerviosamente, y en su cuello descarnado se atirantaban sus músculos y se hinchaban sus venas pleótóricas de sangre.

Cuando la última nota brotó de su garganta, una tempestad de aplausos y requiebros, acarició sus oídos; todos estaban emocionados, aquel canto de la *Alondra* hirió las fibras mas recónditas y todos la miraron con descarada codicia.

Esta saboreó su triunfo, contemplando encendida de placer á los concurrentes; después sus ojos pequeñitos y azules se posaron con dulzura inefable, con incontrastable fijeza, con ansias infinitas, en Manolo.

Este, al verse blanco de la mirada de aquella muger, tan codiciada por todos en aquellos instantes, sintióse halagado en su vanidad y se acercó á ella contoneándose.

Cuando la *Pelona* le vió alejarse de su lado, pálida, despechada, creyendo un desaire su alejamiento, herida en su orgullo y en su vanidad, quiso vengarse y creyó conseguirlo, pegando la hebra, con cualquier, sí, con cualquiera, para el caso todos eran iguales, y lo hizo con el que tenía más cerca, con el *Carnicero*, que era todo un buen mozo, y que un tiempo anduvo loco de amores por ella.

Cuando aquella noche llegó á su casa, entró febril, ceñuda, sombría y arrojando el manton sobre una silla, sentóse en la ventana, murmurando con acento seco y vibrante.

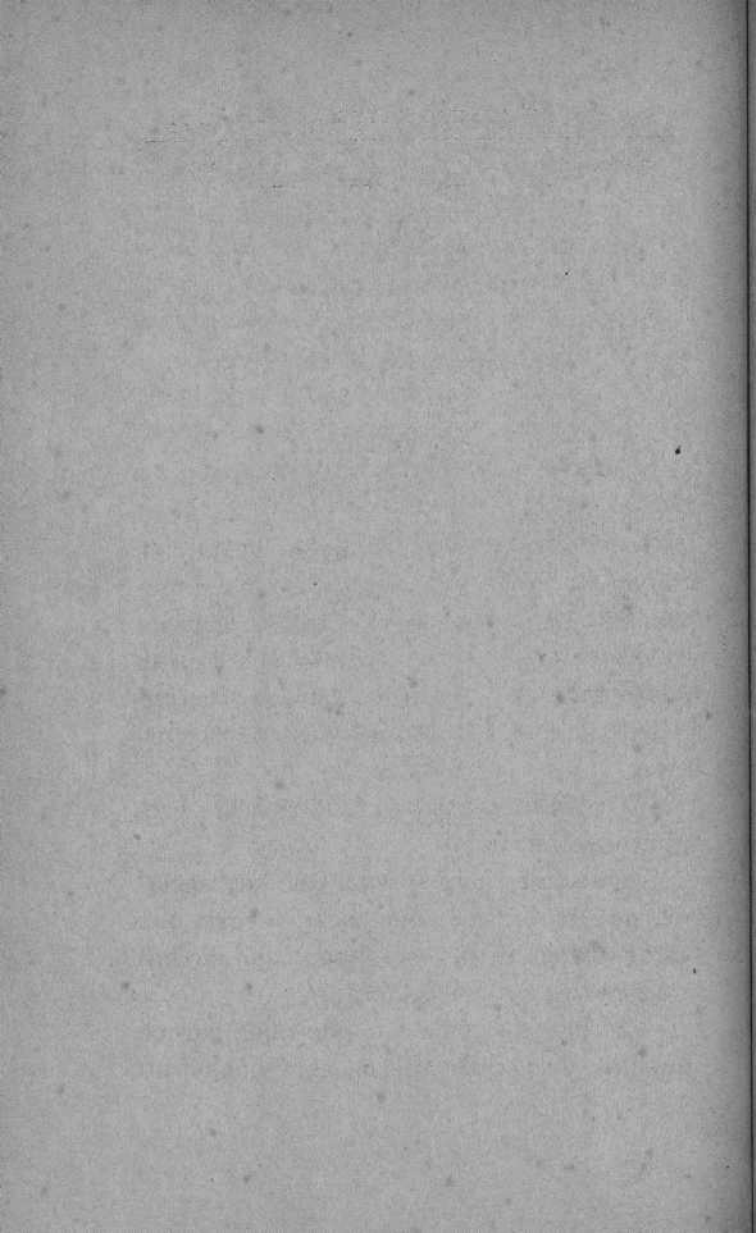
—¿Conque la *Alondra* está loca por Manolin? Verdad que tanto vale Enero como Febrero; ella se conoce que está muriéndose á chorros por él. ¡Sin verguenza! decírselo con los ojos delante de *toito* el mundo, como si *toito* el mundo estuviera ciego. ¿Y él? ¡Irse de mi lado por esa cualquier cosa! ¡Luego dice que me quiere! ¡Mal rayo! ¡Que me quiere! Pero á mí que me importa todo esto. ¿Que se quieren? pues mejor, rete-

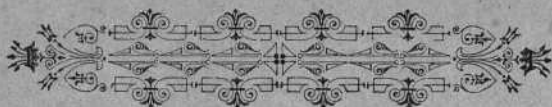
mejor, que se casen, que se mueran, que se pudran; ¿á mí qué?

Y pensando en estas cosas, y en otras parecidas, allí permaneció largo rato, sorda á la voz de su madre, que le decía, cada dos minutos con acento desapasible:

—¿Te quieres quitar de la ventana, mujer? ¿No ves que te vas á poner mala con el relente de la noche?







IV.

—=—

Cuando salió Manolo de la fiesta, en compañía de Pepe el *Sereno*, estaba intensamente pálido, Su palidez, dado lo moreno de su color, era casi verdosa; sus ojos en sus grandes momentos de rabia, se agrandaban, como si quisieran salirse de sus órbitas.

—¿Qué tienes hombre, que tienes?—preguntóle el *Sereno*.

—¿Qué quieres que tenga? Que hay acciones que muerden y que hacen sangre; que estoy ardiendo, que me ahogo, que me haría pedazos con cualquiera.

—¿Y por qué, hombre, por qué? parece que has *pisao* mala hierba esta noche; no

seas tonto, vámonos á casa de la Concha á remojar el gaznate, y se acabaron las penas y las malas caras; ya verás, el aguardiente de la Concha es el unto de la *Madalena*.

—Sí, vamos, tengo ganas de beber, de beber mucho, y de pelear.

—Pero, vamos á ver, ¿me quieres decir lo que te pasa?

—Sí, hombre, te lo diré, si nó reviento como hay Dios; ¡tengo un nudo! ¿Pero estás ciego? ¿Tú no has visto á la *Pelona* pegar la hebra con el *Carnicero*?

—¿Y á tí qué te importa?

—¿Cómo que á mí qué me importa? has *pensao* tú que voy á dejar á esa mujer que se *amartele* con nadie? No sabes que me estoy muriendo de fatigas por ella?

—Hombre, sí, lo sé; pero como parece que no eres tú de su gusto, y como tú estás una *miaja comprometío* con la *Alondra*

—Y qué me importa la *Alondra*, ni nadie en el mundo? Lo que yo necesito es que me quiera la *Pelona*, y si el *Carnicero* se mete

por medio, me parece que va á ir á despachar carne al Campo-santo.

—Quíta allá; el *Carnicero* es un pobre, una buena persona que anda que no vive por la sobrina del *Manuso*; tú lo que debes hacer, es mandar mucho con Dios á esa buena moza; lo que sobran son mujeres, y no merece ninguna que un hombre de tu valer, se busque por ella una *esaboricion*; con que déjate de aprensiones y vente conmigo.

—No, no voy, no quiero beber, tengo mala *bebía* y *aluego* que mi viejecita no anda *mú* católica de *salú*, y como no se acuesta hasta que yo voy, me dá *reconcomia* de hacerla esperar tanto.

—Si es así no me enpeño; además la noche se ha presentado de mal *arate*, con que hasta mañana, Manolo.

—Adios, Pepillo.

Y después de estrechar fuertemente, la mano que este le tendía, se encaminó á su casa. Su cabeza era un hervidero de sombras, tenía fiebre.

—Maldita sea la hora en que conocí á esa

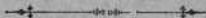
muger,—murmuró,—vá á ser mi perdicion; no sé cómo me contuve cuando le ví amar-telada con el *Carnicero*; no he sentido en mi vida angustias como las de esta noche, parecíame que me estaban aserrando el corazon. ¡Por vida del Demonio! ¡Que me pase á mí esto! No, pues yo no me confor-mo, yo la he de decir cuatro verdades, aun-que luego me muera de pena, ¡vaya si se las digo!, aunque me tome más aborre-cimiento todavía, ¡más aborrecimiento!; pe-ro si á mí me parece que esa muger me quiere, si cuando me arrimé al lado de la *Alondra*, se le encandilaron los ojos, como si me quisiera matar con ellos; y si no me quiere, ¿á qué vino mirarme de aquel mo-do? La verdad es que me estoy murien-do de *ducas*; yo tengo que hablar con esa muger, mañana mismo, esto es un sinvivir. ¿Y si me dá con la ventana en las narices? No, yo no voy, mejor será que le escriba, si, eso es mejor, así lo mas que puede pa-sar es que tire la carta. ¿Sabrá ella leer? Sí sabrá, y si nó, que busque quien se la lea.

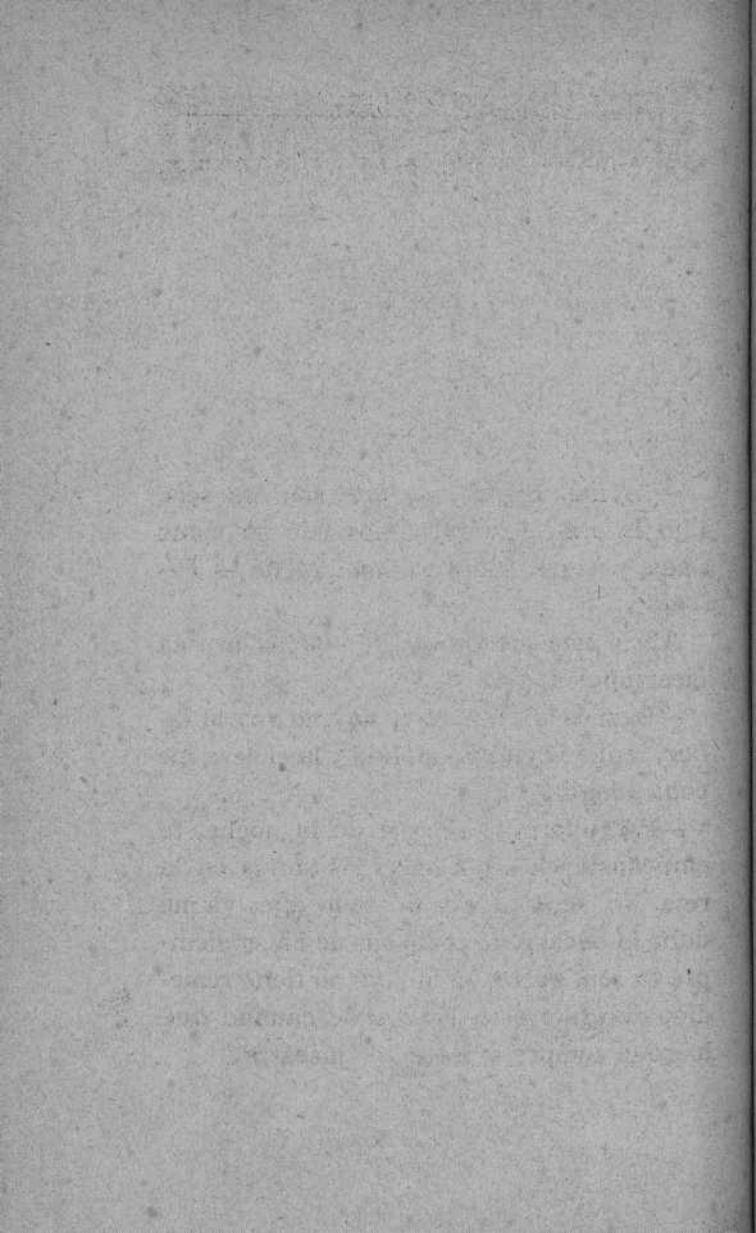
Y concentrado, sombrío, embriagado de

rabia, de celos y de cariño, llegó á su casa.

Allí, sentada en la puerta, estaba la *señá* Dolorcita, luchando á cabezadas con el sueño.

Una hora después, andaba Manolo dando vueltas por el aposento con la vivacidad nerviosa de un epiléptico; pero mudo, silencioso, para no despertar á su vieja que, aunque al parecer dormida, no dejaba de vez en cuando, de entreabrir los ojos, para contemplarlo con inquietud y cariñoso desvelo.







V.

—Arriba, bigardona, que son las seis, dijo la *señá* Frasquita, posando su mano flaca y negra, sobre un hombro de la *Pelona*.

Abrió esta sus ojos ante aquella brusca interrupcion, y dijo:

—Buenos dias, madre, hoy no voy al taller, tengo el cuerpo molido y la cabeza me echa fuego.

—Está claro, el relente de la noche; te empeñaste en estar hasta las tantas en la reja. No será porque no te lo dije, ya me dolía la boca, pero como has de hacer siempre tu real gusto; en fin, ya no tiene remedio, abrígate esos brazos; de camino que hago la compra avisaré á la maestra.

—Sí, dígale V., que mañana iré, si Dios quiere.

—Bueno, ¿sabes lo que me ha dicho la *Soledá*?

—¿Qué?

—Que la *Alondra*, se arregló anoche con Manolo.

—¿De veras?

—Eso dicen, lástima de hombre, desde que le dió la paliza á Lázaro lo quiero bien, —y anudándose el pañuelo á la garganta al decir esto, y empuñando el cesto de la compra, salió de la habitacion entornando cuidadosamente la puerta antes de irse.

La *Pelona* respiró fuertemente; ¡tenía unas ganas de quedarse sola!

¡Qué noche mas terrible había pasado! Cuando logró conciliar el sueño, que fué por la madrugada, soñó cosas sombrías; la *Alondra* aferrada á Manolo, estuvieron paseándosele por el cerebro; él, le pareció infinitamente mejor mozo, visto á través del luminoso tul del sueño, que lo era en realidad. Le oyó decir cosas tan dulces, tan ardientes, tan llenas de luz, á la *Alondra*,

que le pareció ver salir por sus labios, un chorro de rayos de sol, que acariciaba los oídos de la *cantaora*, de aquella condenada con cuerpo de reptil y ojos de lechuza.

—¡Qué noche! ¡Jesús, qué noche!—dijo pasándose la mano por la frente, como si quisiera arrancar de allí, aquellas nubes que enlutaban su pensamiento.

¡Vaya si estaba hermosa la *Pelona* en aquellos instantes! La chambra arrugada, dejaba ver el pecho desnudo, con sus exuberantes contornos que parecían cincelados en nácares; la sábana, al plegarse dócil á su cuerpo, delataba sus formas correctas, esculturales, hermosísimas. Aquella esfinge llena de latidos y de calor, hacía sentir la inmensa atracción del vértigo.

Llena la mirada de vaguedades y fija esta en algo invisible, con los brazos bajo la cabeza y el rostro ceñudo y sombrío, permaneció abstraída durante largo rato.

La habitacion estaba sumida en silencio; solo, de vez en cuando, los écos chillones, de los vendedores ambulantes, que pregonaban sus mercancías, ó el alegre gritar

de los muchachos, llegaban hasta allí, turbando la quietud de cripta de la estancia.

Unos golpes rápidos, nerviosos, llegaron á oídos de la *Pelona*; se incorporó esta sobre el lecho; parecían aquellos golpes, tan ténues eran, producidos por el aleteo de un pájaro sobre el maderámen de la ventana.

Fijó en ella sus ojos y por la recta de luz que dejaba libre la carcomida hoja sobre el bastidor, vió un papel que penetraba sigiloso como un reflejo. Saltó rápidamente de la cama, y arrogante y fascinadora en su desnudéz, avanzó con ligereza, á recoger aquella carta, pues una carta era, que yacía sobre los rojos ladrillos. Con ella en la mano, sorprendida, entreabrió la madera y vió á Manolo, que vestido con su hábito del trabajo, su gran chamarreta azul hasta medio muzlo, su pantalon de la misma tela, cayendo en ámplias arrugas sobre los zapatos andaluces, y su gorrilla de seda negra echada hácia atrás, se alejaba con lentitud, volviendo la cara cada dos segundos.

Verdaderamente no era despreciable Ma-

nolo; aquel ropage le ennoblecía. Manolo era un buen mecánico, inteligente, probo, incansable; su vida tenía la noble transparencia del cristal. Como buen hijo, todos sus afanes eran por su viejecita; por evitarle un disgusto era capaz de muchísimo; por evitarle un gran pesar era capaz de todo, aunque no lo decía, ni se jactaba de ello. No por esto dejaba de tener el alma en su sitio; cuando echaba por medio era el mismísimo demonio, como ya lo había probado, poniendo de *verde y oro* al mas famoso valenton de la Goleta.

Las mugeres sí que eran su perdición; hidrópico de placer y de amores, perseguía con la tenacidad de lo insaciable, un beso, una caricia, un momento de embriaguez; del mismo modo que persigue el latido á la vida.

Todo esto lo sabía la *Pelona*; pero nunca había parado mientes en ello. En aquel momento era distinto, parecíale que una voz extraña le repetía al oído lo que antes la dijeron sobre él, y durante algunos segundos, hasta que Manolo volvió la esquina y acarició con una última mirada ardiente y

apasionada el ventanucho, no logró ella romper sus abstracciones.



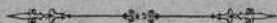
¡Demonios de garrapatos! vaya una letra la de la carta; cualquiera hubiera dicho que la habían escrito con un palitroque mojado en tinta; y luego que la *Pelona* no entendía mucho de letra. El papel sí que era bonito, de color de rosa y con un cromo en un ángulo que representaba una paloma depositando una rama de siempre-viva, en el vértice de un corazon, atravesado por una flecha.

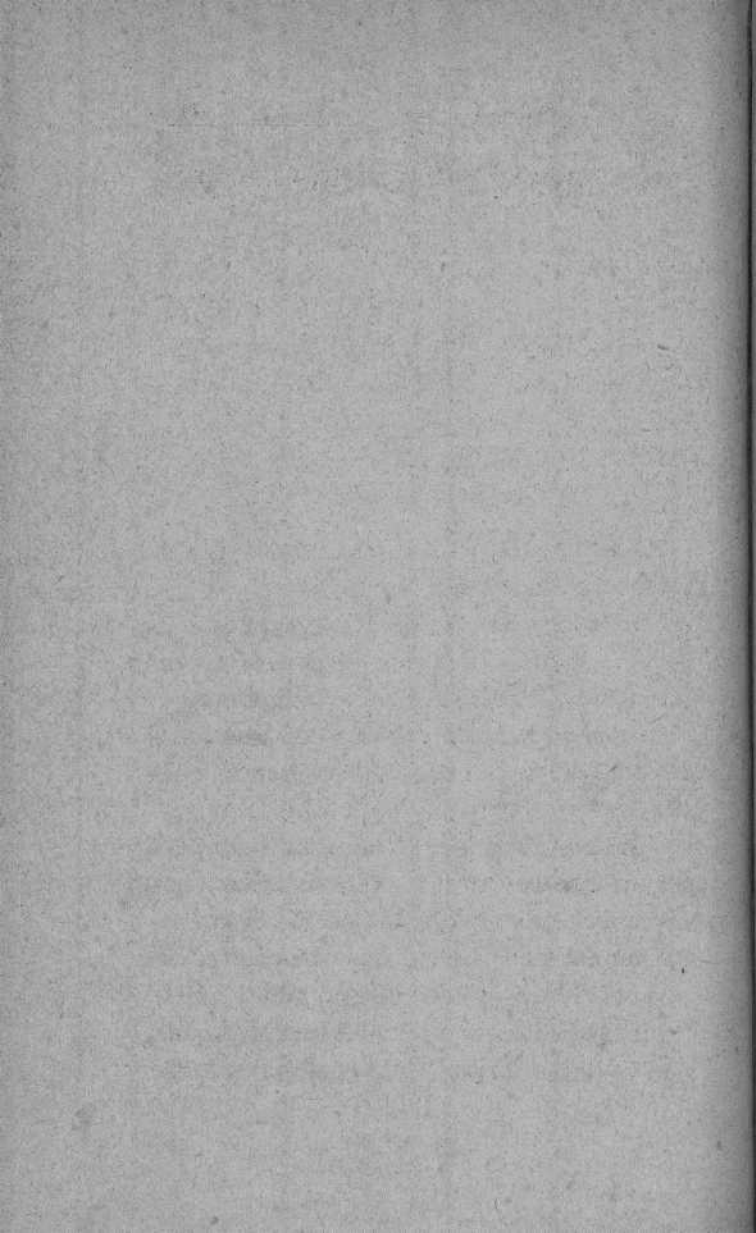
Sentóse la *Pelona* sobre el lecho dándole vueltas al papel y despues de alejarlo primero y acercárselo mucho á los ojos, mas tarde, letra por letra, medio consiguió descifrar su contenido. Manolo la decía en su carta que aquella noche le aguardara en la reja. Un suspiro resonante brotó de su pecho, y borró de su mirada las sombrías gradaciones de sus penas y de sus celos.

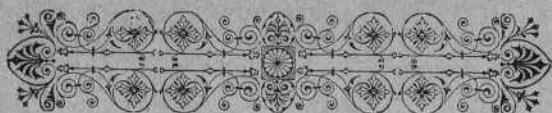
Aquella cita al arrancarle del mar de su

despecho, la arrojó en otro mar, vago, brumoso, indeciso, con olas sin nombre y sin color, en un mar de congeturas y suposiciones.

—Sí, acudiré á la cita,—murmuró,—yo debo darle las gracias á ese hombre,—y al pensar en la entrevista, un estremecimiento de placer recorrió su cuerpo y sintió estraña impresion, desconocida hasta entonces para ella ¡Valiente peso la había quitado de encima la dichosa carta!







VI.

La noche era como casi todas las de Otoño en Andalucía.

La *Pelona* estaba en la reja, puesta de veinte y cinco alfileres, ¡vaya si estaba hermosa!, ¡tanto!, que no había hombre que al pasar no la rindiera culto con una mirada de codicia ó con un requiebro chispeante.

Manolin asomó por la esquina, muy peripuesto con sus trapitos de cristianar, que así se dice en la gerga del pueblo bajo.

Avanzaba despacito, muy despacito, como si tuviera miedo de llegar; temia que lo recibiera la *Pelona* con cajas destempladas, y se le ponía la carne de gallina solo de

pensarlo. Recordó el *palique* de aquella mujer con el *Carnicero*, en la noche anterior, y este recuerdo prestóle energías. ¡Vaya! pensó, si me recibe con mala cara le diré que voy á casarme con la *Alondra* y que he *venío* á convidarla á mi casamiento.

A pesar de estas razones, le dió un vuelco el corazon al llegar á la reja, y murmuró con voz balbuciente:

—Buenas noches, diosa.

—*Mú* buenas las tenga V.

Los dos estaban resentidos y el acento de los dos fué seco y áspero.

—Dios se lo pague á V. *cariño*, ¿ha *tenío* V. que esperar mucho?

—¿Esperar? Lo menos se ha *creío* V. que estoy aquí *papando* fresco, aguardándole; vamos hombre, que se le quite eso de la cabeza; yo estoy aquí por lo que estoy.

Manolo cobró ánimos ante aquella respuesta tan brusca; aquel acento incisivo le irritaba, y respondió:

—Yo creí... ¡ya se vé! como se lo decía en mi carta.

--¡Ah! su carta, no me acordaba, como

hice con ella un *torcion pá* la hornilla.

—Me dá el corazon que no es *verdá* eso, que lo que V. ha hecho con la carta ha *sío* un relicario.

—¿Yo, *pá* qué? Eso la *Alondra*.

—Es *verdá*, V. perdone, no me acordaba que V. no hacia relicarios más que con las cartas del *Carnicero*.

—Bueno, acabemos pronto, no me conviene que vean espantajos en mi *jaza*.

—¿Que á V. no le conviene que vean....? Pues bueno, ahora si que no me voy, por que no me dá la *rial* gana, y al que le siente mal, que tome tila.

—¡*Josús* y cuanto valor! ¡parece mentira, tan *chirriquitin* y tan *canique*; lo que engañan las *aparencias*.

—No me busque V. la boca; á mi *toito* lo que V. me dice, me sabe á mieles y á canela fina.

—Vaya, hijo, ya estoy *cansá* de tantas *habladurias*, vá V. á tener que pedir saliva prestada.

—Es *verdá*, si yo fuera el *Carnicero*!

—¡Dale con el *Carnicero*! Si V. fuera el *Carnicero*, no estaría yo aquí.

—¿Es de *verdá* eso?

—Hombre... pues sí, es *verdá*, pero no se piense V. que... si yo lo he aguardado en la reja, es *pá* darle las gracias por haberse *portao* tan bien como se ha *portao* conmigo, cuando ese tiesto de Lázaro.....

—Yo no he hecho *naita*, ya me lo daba á mí el corazon, que estaba V. aquí *ná* mas que por eso.

Esto lo dijo Manolo con voz tan triste que le llegó al corazon á la *Pelona*.

—¿Pues, por que iba á ser? Y cuando la *Alondra* se entere de que ha *estao* V. aquí, le vá á dar un *sosponcio*.

—¿Y que tengo yo que ver con la *Alondra*? A mí no me importa en el mundo mas mujer que V.

—Lo mismo le diría V. anoche á la otra.

—¿Yó? Pues si estoy que no vivo...

—Eso es mentira; ya sé que se vá V. á casar con ella, me lo han dicho esta mañana, con que si no tiene V. mas que decirme, me voy, que es tarde.

Bueno es advertir, que al decir esto la *Pelona*, no hizo el más leve movimiento para marcharse.

—No se vaya V. por Dios y por la Santísima Virgen, que si se vá V. me caigo muerto de repente.

—No, hijo, no haga V. eso, que si se muere, vá á apear, y no se merece V. la alhucema que gastaria en quitar el mal olor; muérase V. al lado de la *Alondra*, hijo, al lado de la *Alondra*, que es á la que usted quiere.

—¿A la *Alondra*? si la quiero á V. mas que á mi madre, ¡y *cudiao* que és mucho decir! pues bien, más que á ella. Se me ha metido V. en el corazon, en el pensamiento, y cuando la tengo delante me hincaria de rodilla *pá* rezarle, lo mismo que se le reza á la Virgen, en la Iglesia.

—Quite V. allá y no sea embustero.

—¿Como embustero? Si tú me quisieras una *miajita*, *ná* más que una *miajita*, me volvía loco de gusto, si hace dos años que no duermo, que no vivo, que las lágrimas se me salen á chorros pensando en tí, pues por-

que tu me quisieras, daría la sangre de mis venas y los ojos con que te miro.

La *Pelona* sintióse conmovida al escuchar aquel acento suspirante. Una voluptuosa oleada de fuego azotó su cerebro al ver á aquel hombre rendirla culto tan fanático de amor, y arrastrada por dulces vehemencias, murmuró, rompiendo tambien el valladar y tuteándole con acento trémulo:

—No, eso es mentira, tú á quien quieres es á la *Alondra*.

—Ni me la mientes siquiera ¡sultana! *pá* mí no hay mas mujer en el mundo que tú, la diosa de las mujeres! bendita sea tu boca y tus ojos, y tu cuerpecito de gloria, ¡fortunilla de mi alma!

—No, mentira, todo eso es mentira, tu no me quieres.

—Te lo juro por la Virgensita del *Cármen* y por esos ojitos tuyos, que son las estrellitas de mi suerte.

—Lo mismo le dirás á la *Alondra* ¡si fuera verdad! Si me probaras tu cariño, yo tambien..... te querría.

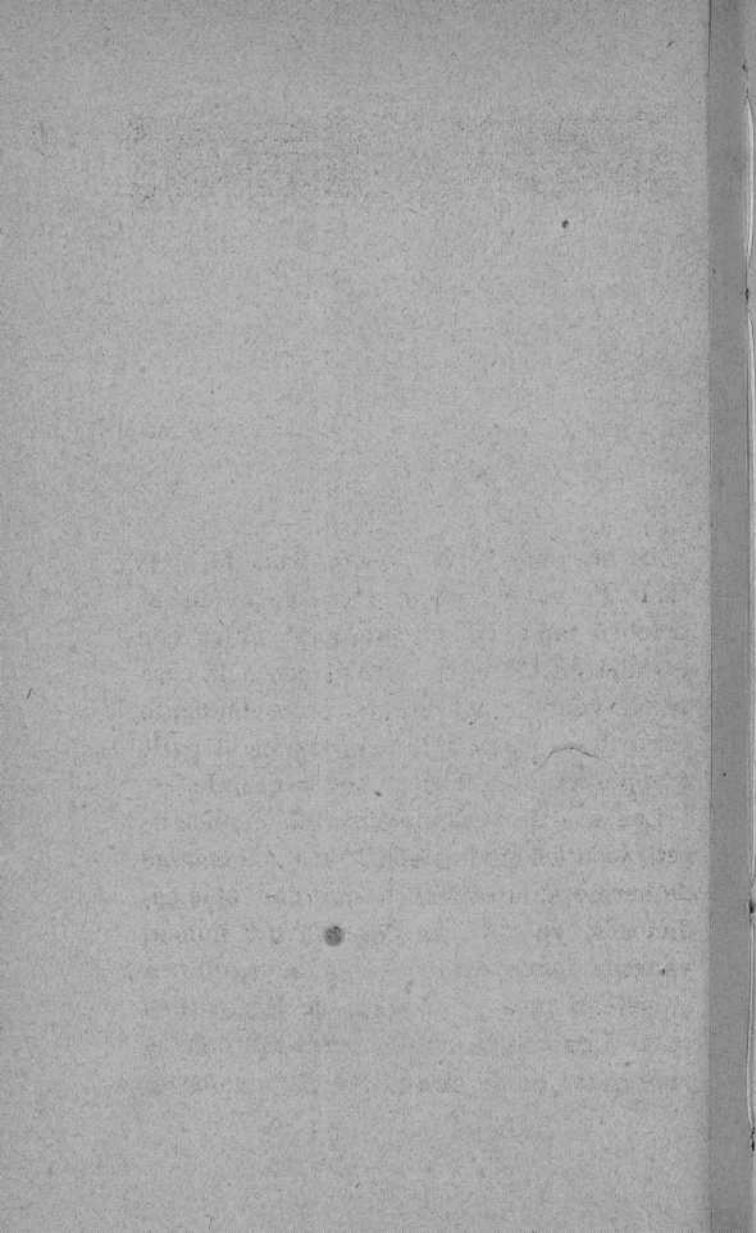
Fué tan dulce el acento de la *Pelona*, á

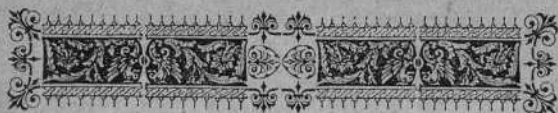
pronunciar estas frases, que Manolo, convulso, con la respiracion afanosa, no encontrando palabra capaz de condensar su cariño, tuvo un instante de vértigo, un instante en que no fué responsable de sus actos y al impulso del poderoso desnivel de su cerebro, oprimió con fuerzas, entre sus duras manos, la artística cabeza de aquella mujer y la besó frenético en la boca.

La *Pelona* no se ofendió; á las mujeres les gustan los grandes atrevimientos ó las grandes timideces.

Dos horas después, alejábase Manolo embriagado de amor, de felicidad y de esperanzas.







VII.

Un més mas tarde, verificábase la boda de la *Pelona* y Manolo. La noche en que se celebró tan fausto suceso, hubo chica con grande en el barrio, tiró el novio la casa por la ventana, la *juerga* correspondiente tuvo lugar en casa de la novia, en el patio que parecía un picadero por lo grande.

Las seis de la mañana serían, cuando se retiraron los novios; ella *tiraba de espaldas* de hermosa; mirábanla todos con ojos codiciosos; ya era mas deseada que nunca, ya tenía dueño, éste no cabía de orgullo en el pellejo ¡qué prisa tenía de llegar á su casa! Una casita situada extra-muro de la población, hasta donde les acompañaron

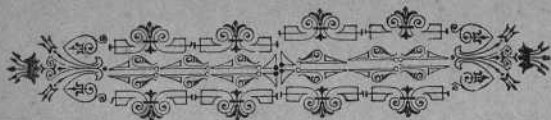
los padrinos y algunos amigotes, los cuales al despedirse, le dirigieron á él algunas miradas de envidia y algunas frases chispeantes.

Cuando quedaron solos los novios, cuando se abrió ante ellos el misterioso nido de sus amores, se encendieron de rubor las mejillas de la *Pelona* y latióle el corazón á impulsos de la fiebre.

Rodeó Manolo con su brazo su esbelta cintura, la estrechó contra su pecho, y á la par que la besaba, murmuró en sus oídos, con voz apenas perceptible, no sé qué misteriosos secretes.

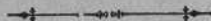
Un rayo de sol penetró en la estancia, y al ver su poca oportunidad, se retiró rápidamente, merced á que una densa nube eclipsó en el espacio su recta luminosa.



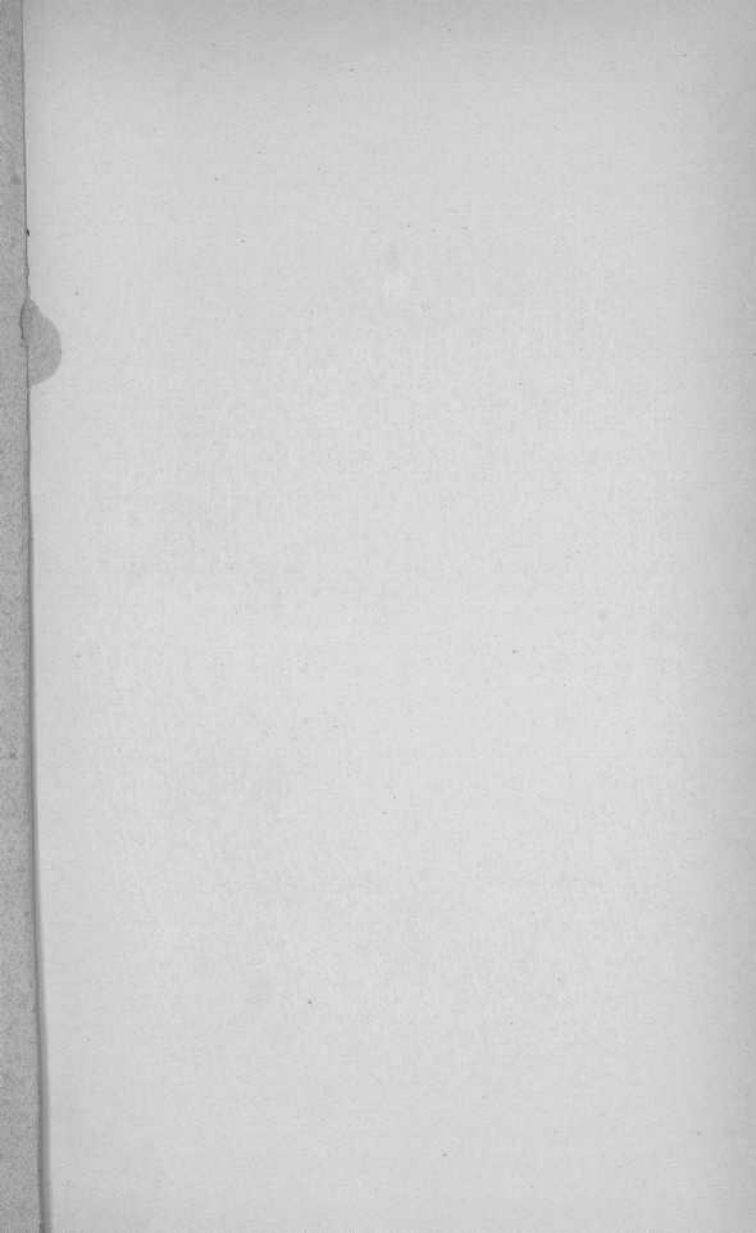


INDICE.

	<u>Páginas.</u>
Prólogo	5
¡Estaba Escrito!	13
Churrete.	95
Idilio	143







THE
LIBRARY OF THE
MUSEUM OF
ART AND
ARCHITECTURE
OF THE
UNIVERSITY OF
CHICAGO
1100 EAST 58TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637
U.S.A.
TEL. (312) 937-1234
FAX (312) 937-1234
WWW.MUSEUM-ART-ARCH.ORG

16
FAN
XIX
506